

¿ARQUEOLOGÍA O DECONSTRUCCIÓN?  
A PROPÓSITO DE LA FORMACIÓN DE AL-ANDALUS  
DESDE LAS AFUERAS DE LA ARQUEOLOGÍA

por

S. Gutiérrez



SEPARATA  
DE  
ARQUEOLOGÍA ESPACIAL, 22

Teruel, 2000

## ¿Arqueología o deconstrucción? A propósito de la formación de al-Andalus desde las afueras de la arqueología.

SONIA GUTIÉRREZ LLORET  
Universidad de Alicante

### RESUMEN

En este trabajo se discuten diversos aspectos metodológicos y conceptuales sobre la construcción del dato arqueológico, el rigor en la aplicación de las técnicas estratigráficas, el uso del registro cerámico como fuente histórica y la pertinencia de la propia crítica arqueológica. Estos argumentos se enmarcan en el debate sobre la formación de al-Andalus y la caracterización social de sus poblaciones, suscitado a propósito de mi estudio *La Cora de Tudmir: de la Antigüedad Tardía al mundo islámico. Poblamiento y cultura material* (CCV 57, Madrid-Alicante, 1996).

### ABSTRACT

In this work we discuss about different theoretical aspects regarding the construction of archaeological record, highlighting the accuracy when using the stratigraphical methodology, the use of pottery as a historical source and the relevance of archaeological criticism. These arguments are part of the discussion about the formation of al-Andalus and the social characterization of its inhabitants, which has been raised by my study *La Cora de Tudmir: de la Antigüedad Tardía al mundo islámico. Poblamiento y cultura* (CCV57, Madrid-Alicante, 1996)

El extenso escrito de Helena Kirchner, recientemente publicado en el volumen 21 de esta misma revista<sup>1</sup> (Kirchner, 1999), acerca de mi obra *La Cora de Tudmīr: de la Antigüedad Tardía al mundo islámico. Poblamiento y cultura material* (Gutiérrez Lloret, 1996), constituye la más reciente reseña sobre la misma y por tanto se sitúa en el marco de un diálogo intelectual que refleja la "buena salud" de la disciplina. Estas recensiones aparecieron en el periodo inmediato a su publicación en diversos medios científicos especializados de ámbito nacional e internacional y corresponden, en pura ordenación alfabética, a André Bazzana (*Archéologie islamique*, 7, 1997: 203-6), Luis Caballero (*Al-Qanṭara*, XIX, 1998:237-41), Vicente Salvatierra (*Arqueología y territorio Medieval*, 4, 1997: 231-35) y Chris Wickham (*Hispania*, LVIII/I, 1998: 332-35). De hecho, en su aportación la última recensora menciona y utiliza los tres últimos textos, aunque al parecer desconoce o no cita uno de los primeros en ver la luz, el de André Bazzana, lo cual es lástima por ser el autor, en fecunda colaboración con Pierre Guichard, uno de los primeros en proponer e investigar una relación entre cerámica y poblamiento, precisamente de origen beréber, en un ámbito regional concreto, el norte del actual País Valenciano, cuando la autora y yo misma estábamos lejos de iniciar nuestras respectivas andaduras científicas. Después del tiempo transcurrido desde la publicación de mi obra, en verdad ya no esperaba ninguna otra reseña a no ser la anunciada por Miquel Barceló (1996: 27-8 y 1997 a:5 y 7), aunque después de la sorpresa inicial no deja de ser estimulante apreciar que mi trabajo todavía suscita lecturas tan operosas<sup>2</sup> y genera tan extensas y enjundiosas "críticas y reflexiones" que, en opinión de la propia autora, "no permiten considerar el artículo como una mera reseña" en atención al "tratamiento que he hecho del tema abordado por dicho libro y también de sus raíces historiográficas y arqueológicas, así como de las repercusiones que puede tener en la investigación arqueológica en al-Andalus" (Kirchner, 1999:153).

Parece pensar la recensora, a juzgar por el calificativo, que reseñar es género insignificante y fútil y quizá por ello desmarca su trabajo de tan menuda tarea; no puedo por menos manifestar mi desacuerdo con tal consideración, puesto que hacer una reseña o recensión, que son sinónimos en castellano, es someter a examen una obra científica con argumentos rigurosos, para discrepar o coincidir desarrebozadamente en una dimensión pública fundamental para el avance del conocimiento. Este ejercicio de crítica y el de humildad que conlleva, parafraseando una pertinente reflexión de Javier Arce (1993: 23), hacen del género uno de los más difíciles de acometer, pues se requiere capacidad de síntesis, grandes dosis de conocimiento sobre la materia y una argumentación rigurosa.

Ocurre sin embargo que la recensión que nos ocupa –y así la considero por ser un texto crítico sobre otro texto– no me parece muy acertada y no precisamente porque no me sea favorable, que eso es ahora cuestión secundaria, sino porque carece de algunos de los requerimientos antedichos; en primer lugar, Helena Kirchner compone un texto largo en demasía cuyo hilo conductor se pierde en un exceso de fárrago, que la obliga a veces a recuperar el objetivo inicial (Kirchner, 1999: 163). Esta carencia de perspicuidad que quizá desanime a algunos lectores poco motivados, podría solucionarse prescindiendo de las transcripciones textuales de los párrafos comentados

---

1. Quiero agradecer a la dirección de la revista las facilidades dadas para desarrollar esta discusión.

2. Aunque a pesar de su "minuciosidad" confunda la fecha de edición: 1996 en lugar de 1997.

(alrededor del 30% del texto publicado), a los que hubiera podido remitir directamente, ahorrando tiempo y espacio para desarrollar sus propios argumentos críticos; y es que en ocasiones parece como si la autora se confundiera de género dedicándose a la glosa, tarea a todas luces innecesaria porque, con independencia de que se discrepe de mis conclusiones, los textos citados están escritos en preciso castellano. No acierto pues a comprender por qué este empeño de la autora en citar, encadenándolos descontextualizadamente, mis escritos, a no ser que lo que se pretenda realmente sea sólo un ejercicio de deconstrucción, pero sobre esto volveremos más tarde.

En segundo lugar y citando nuevamente a Javier Arce "*...la crítica o la discusión no se pueden ciertamente ejercer sin tener detrás un bagaje científico que autorice a hacerla. Y sobre todo si no se tienen alternativas más convincentes que nos lleven a producirla*" (Arce, 1993:24); hablamos por tanto del necesario conocimiento sobre la materia que permite a la recensora en este caso analizar las "*raíces*" y "*repercusiones*" del problema tratado, contraponiendo su argumentación discrepante. Normalmente al investigador que asume la difícil tarea de recensionar la producción de un colega se le supone en posesión de dicho bagaje y más cuando, como es el caso, la recensora se ufana en la contundente descalificación no ya de mis argumentos sino de todos los colegas que disienten de sus opiniones. Así comienza señalando que una hipótesis de Manuel Acín no era más que una "*...suposición que, aparentemente, no pretendía ir más allá del punto que concluía la escueta frase que sirvió para enunciarla*" (Kirchner, 1999: 153) y concluye con consideraciones del tipo Vicente Salvatierra "*se traiciona, a él y a los otros,...*" (Kirchner, 1999: 193) o bien Chris Wickham "*...no conoce o no entiende el debate existente*" y "*...no sólo confía en la escrupulosidad del trabajo de la autora, sino que, al menos, ha decidido prescindir de la cuestión central*" (Kirchner, 1999: 194, n. 39); sin duda el lector acordará conmigo que quien se permite tan agraceñas aseveraciones en un diálogo científico debe, cuanto menos, tener una cualificada opinión y, desde luego, estar en condiciones de demostrar rigurosamente sus explicaciones alternativas. Se da además la circunstancia de que en los dos últimos casos la recensora se refiere a opiniones contenidas en sendas —¿y hemos de suponer meras?— reseñas previas, con lo que el menoscabo del género y las personas que la han precedido en el ejercicio de la crítica es aún más atrevido; por último, me parece cuanto menos reprochable la forma en que utiliza una tercera reseña —la de Luis Caballero— a quien infundadamente achaca la advertencia de la "endeblez" de mi argumentación arqueológica, para sorprenderse finalmente de que "a pesar de ello" califique mi trabajo de "evidente paso adelante" (Kirchner, 1999: 194, n. 39); en todo caso invito al lector a acudir a las fuentes (Caballero, 1998) y aprovecho para señalar que las discrepancias científicas planteadas por Luis Caballero en su reseña han abierto un interesante debate que cristalizó en el *Simpósio Internacional "Visigodos y Omeyas. Un debate entre la Antigüedad y la Alta Edad Media"* (Abril, 1999), donde los lectores interesados encontraran, en el marco de una discusión científica, mis respuestas a las cuestiones de Caballero<sup>3</sup>, que no son en ningún caso las de Helena Kirchner.

<sup>3</sup>. S. Gutiérrez Lloret: "Algunas consideraciones sobre la cultura material de las épocas visigoda y emiral en el territorio de Tudmir", *Visigodos y Omeyas. Un debate entre la Tardoantigüedad y la Alta Edad Media* (Mérida, 21-23 abril 1999), *Anejos de Archivo Español de Arqueología* (en prensa).

Decía Voltaire que “...un historiador tiene muchos y muy diferentes deberes”, y nos recordaba algunos importantes “el primero no calumniar; el segundo no aburrir”; a diferencia del pensador francés, que en su característica ironía se mostraba inflexible con el tedio que le producía la lectura de la obra calumniosa<sup>4</sup>, yo me confieso más intransigente con la infracción del primero. Dice mi revisora (Kirchner, 1999: 163) que el objetivo que se impuso al comenzar a escribir su texto fue “el de evaluar la credibilidad de la interpretación que hace S. Gutiérrez de los ‘datos’ del registro arqueológico”, puesto que para ella “Está claro que se ha pretendido otorgar una base arqueológica aparentemente irrefutable, ‘datos’ inequívocos, no manipulables, a un discurso historiográfico asumido previamente y perfectamente congruente con los planteamientos de M. Acién” (Kirchner, 1999: 159); por fin, la revisora aclara cómo he construido este sofisma arqueológico: “Las dataciones alargadas hacia, al menos, mediados del VIII de las producciones tardorromanas y las dataciones, retrasadas a mediados del VIII, de las emirales son el pilar sobre el que se sustenta toda la composición interpretativa” (Kirchner, 1999: 179). La “composición” que me achaca la autora denotaría por mi parte, a más de tremenda torpeza, una colosal impostura, puesto que a sabiendas y malintencionadamente amaño los datos arqueológicos. Indudablemente la proclama de mi ignorancia, que es mucha, no merece ningún comentario, pero la afirmación de mi mendacidad roza el descrédito profesional y denigra directamente la deontología de mi actividad científica, o lo que es lo mismo la escrupulosidad de mi trabajo, y eso sí merece una respuesta. Estoy convencida de que la discrepancia, expresada incluso en términos de rigurosa dureza, es siempre beneficiosa para el progreso del conocimiento y aunque creo haber demostrado que no rehuyo la polémica cuando es pertinente, tampoco hago de ella el motor central de mi producción científica ni le dedico toda mi capacidad de análisis. Queda claro por tanto que estas líneas no van destinadas a combatir el disenso sino a poner en evidencia el grado de rigor y competencia de quien descalifica.

En primer lugar sorprende la pretensión de la autora de “...mostrar que el manejo de ‘datos’, en principio considerados irrefutables por su carácter material e involuntario, puede tener igualmente una orientación historiográfica e ideológica diseñadas de antemano” (Kirchner, 1999: 153) y sorprende por dos motivos: de un lado porque presupone que los documentos arqueológicos son irrefutables e inequívocos por su propia naturaleza y de otro porque parece denunciar que la investigación histórica se formule desde planteamientos históricos e ideológicos definidos. ¿Pretende hacernos creer la autora que los datos históricos tienen una esencia propia que debe ser aprehendida por el historiador?, ¿Acaso la autora acude a la cerámica con la pretendida inocencia de un positivista o bien, como a Edward Gibbon le ocurrió en las ruinas del foro durante un crepúsculo romano, un paseo entre bancales y acequias rumorosas le sugirió los fundamentos metodológicos de la “Arqueología hidráulica”? Que yo sepa los datos arqueológicos no contienen *a priori* ninguna información ajena al ejercicio intelectual de quien los elabora, ni su naturaleza material y aparentemente involuntaria les confiere certeza u objetividad algunas; de hecho, la

4. La cita continúa: “La infracción del primer deber se la puedo perdonar, porque su obra va a ser muy poco leída; más la segunda si que no se la perdono, porque tuve que leer el libro”, *Lettre à Mr. Nordberg*, Prefacio a la nueva ed. de la *Histoire de Charles XII* (1744); *oeuvr.* XXII, pp.1255.

5. Entre comillas en el original.

involuntariedad de la documentación arqueológica, señalada entre otros por Andrea Carandini (1984: 56) y Miquel Barceló (Barceló, 1988:13 y 75), no se refiere a la calidad intrínseca de dicha información, como parece pensar la autora, sino a la ausencia de intencionalidad en su formación y conservación, en tanto que *"la estratificación arqueológica es un registro no intencionado de eventos pasados"*, es decir *"... compilado, sin ningún plan preconcebido, teniendo en cuenta que nunca se ha demostrado que algún grupo humano se haya dedicado a crear yacimientos con una finalidad arqueológica en su mente"* (Harris, 1991:40-1). Es el historiador —en este caso el arqueólogo puesto que hablamos de testimonios materiales— quien los construye, transformando la información en datos. Como señaló Miquel Barceló: *"...los datos no existen en sí mismos, no están ahí<sup>6</sup> indeterminadamente, sino que son producidos a partir de un problema o un conjunto de problemas explícitos y mediante técnicas y métodos, también explícitos... (...) Todo esto, en rigor, es elemental; es el fundamento mismo del método científico"* (Barceló, 1988: 73). Así pues la supuesta "irrefutabilidad" de los datos materiales es una consideración exclusiva y en mi opinión errada de la autora, mientras que el resto de la pretendida demostración es perogrullesco, ya que el "manejo" —en rigor construcción— de datos puede y debe formularse explícitamente desde una posición historiográfica e ideológica, que en mi caso fue claramente expresada en la introducción de mi libro.

Tengo la impresión de que quizá la autora confunde el procedimiento de obtención y elaboración del dato o documento arqueológico con la explicación histórica que con él se construye. No hace falta recordar a un arqueólogo la necesidad de ser riguroso en los procedimientos técnicos de obtención y elaboración del dato material. Si el nivel de formalización técnica y científica es riguroso, el dato producido a partir de un problema concreto puede ser aceptado o rebatido, e incluso puede ser incorporado a una explicación alternativa y, por qué no, contradictoria; recordemos por ejemplo la diferente valoración de ciertos indicios estratigráficos urbanos —como el crecimiento de la estratificación, la aparición de enterramientos intramuros o el reemplazo arquitectónico— que proponen respectivamente Cristina La Rocca y Gian Pietro Brogiolo en el debate sobre la crisis de la ciudad altomedieval (La Rocca, 1986, 1989; Brogiolo, 1984, 1987). Por el contrario, si la información material no se formaliza correctamente —como ocurriría en el ejemplo hipotético de excavar arbitrariamente y en consecuencia fechar e interpretar mal una estructura doméstica medieval—, se imposibilita cualquier eventual explicación.

Realmente, Helena Kirchner discrepa de la explicación histórica e intenta justificar su discrepancia cuestionando la "credibilidad" de mis datos, pero además y en expresión taurina, no lo hace "por derecho". En teoría comienza por reconocer algunos aciertos de la vertiente taxonómica de mi trabajo, en concreto *"la seriación formal y su plasmación en los cuadros tipológicos"* y *"la explicación de los procesos técnicos"* en el caso concreto de las cerámicas a mano o torneta, al tiempo que comparte *"la contextualización regional y local (...) de estas producciones"* y *"la distinción entre el nivel de la producción, el de la distribución y el del consumo"* (Kirchner, 1999: 154). En la práctica se trata de un reconocimiento ficticio, una impostura de objetividad: ni acepta la seriación formal (de hecho, el argumento

---

<sup>6</sup> En cursiva en el original.

principal del trabajo no es otro que demostrar su perversión) ni reconoce coincidencia alguna, puesto que de inmediato desliza un reproche, una insinuación subrepticia de apropiación indebida de conceptos e ideas que comienza a convertirse en costumbre escolástica y que contiene mucha más irritación de la que me achaca, porque a mí los únicos textos científicos que me irritan son los propios cuando no resultan como deseo. La revisora afirma “reconocerse” en estas cuestiones, al tiempo que se lamenta de lo poco citada que ha sido por sus propuestas<sup>7</sup>; puedo comprender la frustración de la autora por no ver reconocidas sus aportaciones, pero declino cualquier responsabilidad porque es notorio que yo siempre la he citado de ser pertinente, como por ejemplo –y además de las referencias recogidas por la autora–, en el capítulo I, a propósito del carácter regional de mi sistematización y de los conceptos “cerámica común” *versus* “cerámica de lujo” en referencia a sus trabajos de 1988 y 1990 respectivamente (Gutiérrez Lloret, 1996: 43 y 69).

Sin duda, la revisora expresó por escrito la necesidad de explicar los regionalismos y de organizar los estudios desde esa evidencia y así lo cito; no sólo en el trabajo reseñado (Gutiérrez Lloret, 1996: 24 y 43) sino también en uno previo que la autora no menciona, donde después de referirme a su observación señalaba que “...*en esa dirección –formulada o no explícitamente– caminan ya desde hace algún tiempo los estudios de ceramología altomedieval andalusí*”, citando a continuación los diversos autores que venían caracterizando series cerámicas específicas en diversas áreas geográficas de al-Andalus (Gutiérrez Lloret, 1993: 39), sin que esta afirmación suscitara ningún comentario por su parte en el debate posterior que fue publicado y al que H. Kirchner sí alude (Malpica, 1993, 146 y ss.; Kirchner, 1999: 158, n. 4 y 158, n. 6). Muchos de esos trabajos son coetáneos o posteriores al de Kirchner, pero no es el caso de los de Josep Giralt en la Marca Superior, Manuel Retuerce en la Marca Media, Manuel Acín en Andalucía y, sobre todo, André Bazzana y Pierre Guichard en Šarq al-Andalus, donde habían logrado caracterizar las producciones altomedievales valencianas a finales de los años setenta; claro que también es posible que todos esos autores, como yo, estuvieran “...*lejos de constituir algo parecido al esfuerzo de conceptualización* (sic)” que la autora hizo (Kirchner, 1999: 155) y que, por cierto, consistió en la mera formulación de un desiderátum.

Sin embargo, donde confieso mi desconcierto es ante la suposición de que es a su trabajo al que debemos “numerosos autores” la distinción entre el nivel de la producción, el de la distribución y el del consumo; no sé el resto, pero yo se lo debo a la *Introducción General a la Crítica de la Economía Política de 1857* de Karl Marx y a toda la tradición científica del Materialismo Histórico, condensada en la célebre editorial del primer número de la revista *Archeologia Medievale*, que en 1974 afirmaba: “*la storia della cultura materiale studia gli aspetti materiali delle attività finalizzate dalla produzione, distribuzione e consumo dei beni e le condizioni di queste attività nel loro divenire e nelle connessioni con il processo storico*” (p. 8); asombra el

7. “Debo decir que en estas cuestiones me reconozco puesto que he escrito sobre ello, aunque no entiendo la irritación que mis textos parecen producir en la autora. He sido escasísimamente citada por lo que creo fue una propuesta (Kirchner, 1988) de cómo enfocar los estudios sobre cerámica medieval, y andalusí en particular, en la península, pero me considero plenamente satisfecha al ver que tanto la propuesta como una cierta terminología derivada del esclarecimiento de las características básicas de las producciones cerámicas medievales, sus formas de producción, distribución y de consumo, ha sido rápidamente asumida por numerosos autores. S. Gutiérrez es, quizá, quien más explícitamente ha incorporado a su labor investigadora mis propuestas...” (Kirchner, 1999: 154).



vanisterio a no ser que se piense que Marx, como Ación, no pretendía ir más allá del punto que concluía el escueto texto que sirvió para enunciar su reflexión.

En cualquier caso y con independencia de las deudas que la arqueología medieval tenga contraídas con la autora, lo que realmente interesa discutir son sus argumentos. Se me acusa de "estirar" cronologías para probar una continuidad de lo indígena que nos conduce teleológicamente "otra vez" a "*la historia de España, pero musulmana*" o bien al "*paréntesis musulmán de la historia de España*" (Kirchner, 1999:162 y 194), recurso descalificatorio que recuerda mucho al empleado previamente por Miquel Barceló en referencia; imagino, al más rancio medievalismo español (Barceló, 1997a: 6), cuestión sobre la que opino al comenzar la introducción a mi libro y a la que remito al lector interesado (Gutiérrez Lloret, 1996: 19). Al parecer, la recensora deduce de mis dataciones cerámicas que "*existe un solapamiento cronológico entre las formas pre-emirales y las emirales que sirve para dar soporte a la idea de que las producciones emirales forman parte de una misma tradición étnica (...)*"; supone por tanto que "*De ser pertinente ese solapamiento cronológico deberían coexistir ambos grupos de formas en los mismos niveles estratigráficos, o al menos en los mismos registros presentados por la autora para cada yacimiento*" (Kirchner, 1999: 187) y concluye, tras un análisis de casos concretos, que "*El solapamiento cronológico no se verifica en un solapamiento estratigráfico o de 'contexto'*"<sup>8</sup> (1999:188). Confieso no entender en este caso el significado concreto de "solapamiento estratigráfico", expresión que en rigor sólo puede referirse a la traslapación o cubrición total o parcial de un estrato por otro, pero me temo, además, que esta imprecisión de lenguaje esconde otra más grave sobre el concepto de contexto estratigráfico, que explicaría el uso de las comillas.

Al comenzar mi estudio sobre los materiales cerámicos advertía que "*los sistemas de datación han de ser relativos y flexibles, puesto que se basan en muchos casos en la seriación morfológica o en la comparación de conjuntos materiales procedentes de la prospección superficial, y por tanto carentes de referencia estratigráfica*" (Gutiérrez Lloret, 1996: 42). De hecho, los contextos estratigráficos procedentes de excavaciones fiables y técnicamente rigurosas eran muy escasos en el momento de iniciarse el trabajo (prácticamente se limitaban a la Rábida de Guardamar, el proyecto del Tolmo de Minateda y el del teatro de Cartagena entonces en sus inicios, algunos yacimientos de Lorca, el Cabezo del Molino y poco más) a los que se podría añadir en el capítulo de prospecciones sistemáticas, las del Bajo Segura acometidas por un equipo hispano-francés; el resto de los materiales procedían de prospecciones asistemáticas, excavaciones carentes de rigor técnico, expolios o hallazgos fortuitos. Ante esta escasez de secuencias y contextos estratigráficos fue necesario definir "contextos de asentamiento", es decir, tratar como contextos los materiales procedentes de un mismo yacimiento arqueológico, a fin de obtener cronologías mediante su comparación (Gutiérrez Lloret, 1996: 170). Como recientemente he señalado (Gutiérrez Lloret, 1999, e.p.), el procedimiento sería válido si superaba la contrastación con nuevos contextos cerámicos obtenidos a partir de secuencias estratigráficas rigurosas y en la actualidad, cuatro años después de publicarse el libro, ya contamos con algunos, como las excavaciones del Teatro de Cartagena, que han permitido

---

8. Entre comillas en el original.



precisar las cronologías de ciertas producciones (Ramallo *et alii*, 1996), a más de los del propio Tolmo de Minateda, el asentamiento costero de los Baños de la Reina en Calpe o la villa de Canyada Joana en Crevillente<sup>9</sup>.

Ni que decir tiene que trabajar con “contextos de asentamiento” en lugar de contextos estratigráficos plantea problemas de precisión cronológica, con los que la revisora debe estar familiarizada puesto que este procedimiento, común en la arqueología extensiva, se aplica igualmente a la prospección hidráulica cuyos fundamentos metodológicos ella misma contribuyó a definir (Kirchner y Navarro, 1993). Tanto en la reconstrucción planimétrica de los espacios hidráulicos como en la prospección arqueológica encaminada a localizar las áreas de residencia asociadas y en particular en este último caso, la determinación de su extensión y cronología depende de la recogida de materiales cerámicos (Kirchner y Navarro, 1994:163), que necesariamente se asocian en un contexto de asentamiento. Al menos así se establece en teoría, porque en la práctica las zonas de residencia de la mayoría de los espacios hidráulicos mallorquines estudiados por la autora, han desaparecido sin dejar rastros arqueológicos visibles, lo que hace “...que la localització dels assentaments es faci més en funció de la informació documental, la conservació del topònim o la presència d'un sistema hidràulic que no pas gràcies a aquestes restes. De fet, la atribució d'una zona amb restes ceràmiques a un assentament concret s'ha fet sempre posteriorment a la seva identificació a través dels altres mitjans esmentats” (Kirchner, 1997:33). Sin duda, esta falta de hábito arqueológico y ceramológico en particular explica algunos errores de bulto que se aprecian en su argumentación crítica, pero en modo alguno los justifica.

Este es el caso del asentamiento rústico de Fontcalent (Alicante), excavado en 1970 por Enrique Llobregat; en mi estudio propongo fechar las cerámicas de esta excavación en la segunda mitad del siglo VII y principios del siguiente por la comparación con los contextos estratigráficos de Cartagena<sup>10</sup>, señalando que el hallazgo casual de un *fals* carente de fecha y ceca (Doménech Belda, 1994:288-9) en las inmediaciones de la zona excavada reforzaba la hipótesis de un relativo mantenimiento del hábitat hasta al menos el umbral del siglo VIII (Gutiérrez Lloret, 1996: 168); en su empeño por demostrar “...que la cronología es estirada hacia el siglo VIII” la revisora afirma de forma sorprendente que “es justamente el hallazgo de este *fals* el que justifica el alargamiento de la cronología de todas estas formas hasta y durante el siglo VIII, a pesar de que pueda hallarse en contextos más antiguos”<sup>11</sup>.

<sup>9</sup>. Este aspecto ha sido desarrollado en el trabajo citado en la nota tres.

<sup>10</sup>. Las formas de la serie M2 únicamente se documentan de manera testimonial en las primeras décadas del siglo VII en Cartagena (Ramallo *et alii*, 1996:151), pero son frecuentes en los contextos igualmente estratigráficos de la segunda mitad del siglo VII del Tolmo de Minateda. A propósito de dichos contextos y en referencia a una nota de mi propio texto mi revisora afirma: “En la nota 40 (p. 248) se especifica que ‘los materiales correspondientes al abandono de las viviendas y a los vertederos coetáneos definen un contexto homogéneo datable en la segunda mitad del siglo VIII’. No entiendo cómo, unos indicios de datación del siglo VIII a partir de un contexto homogéneo, de gran trascendencia en la argumentación de S. Gutiérrez, es relegada a una nota sin más comentario y sin explicar detalladamente en qué (sic) consisten estos materiales y por qué son fechables en la segunda mitad del siglo VIII” (Kirchner, 1990: 181, n. 30). La incomprensión de Helena Kirchner se debe exclusivamente a un error de lectura, ya que en mi nota pone realmente siglo VII y no VIII; de otro lado, los materiales que forman este contexto y sus cronologías se detallan en el catálogo (Gutiérrez Lloret, 1996: 381-2), aunque Helena Kirchner también cita mal las páginas (Kirchner, 1999: 183, n. 32) y pueden verse también ilustrados en Gutiérrez Lloret, 1998: 558 y ss, figs. 3-8.

<sup>11</sup>. La negrita es mía.

(Kirchner, 1999: 164); parafraseando a la autora en su nota 3 (p. 158) "*seguramente entiendo mal la frase o, al menos, así lo espero*", porque es notorio que una moneda nunca puede hallarse en contextos estratigráficos más antiguos que ella misma y esto es un principio tan elemental de cronología relativa que su desconocimiento por parte de un alumno de primer curso de Historia supondría un suspenso automático. Quiero pensar por tanto que se trata de un *lapsus cálami* consecuencia del arrebatamiento polemizador de mi recensora, porque en caso contrario me vería obligada a dudar seriamente de su cualificación arqueológica; por otro lado, no tenía ninguna necesidad de entrar en semejantes altanerías porque, como se advierte en el estudio, ni la moneda (hallazgo casual en superficie) ni los materiales de Fontcalent (dadas las condiciones de la excavación) tienen contexto estratigráfico, pues no hay otro tipo de "contexto" en esta discusión.

En cualquier caso, el pretendido rigor que Helena Kirchner me reclama en la argumentación arqueológica, choca frontalmente con el trabajo que la autora me pone como ejemplo a propósito de los mercados rurales (Kirchner, 1999: 157 y n. 2). En su estudio de los hallazgos monetarios ibicencos, Félix Retamero (1995, 30-31)<sup>12</sup> propone la localización de un mercado rural en la zona de Sant Rafel a partir del siguiente principio "*les concentracions de troballes disperses de peces en una àrea restringida són indicadors d'una utilització profusa de la moneda en el lloc en qüestió*"; sin duda, la hipótesis de que "*...el registre numismàtic, o millor, el coneixement precís de la seva aparició, permet almeys suggerir l'emplaçament d'una institució difícilment aprehensible arqueològicament fora de contextos urbans*" es muy sugerente, pero la argumentación arqueológica del caso de Sant Rafel no es precisamente un ejemplo de rigor, ya que de ningún modo se explica, contrasta o critica la procedencia y condiciones de la supuesta concentración, que se convierte así en un postulado<sup>13</sup>. De hecho, se considera fehaciente la información del donante sobre el hallazgo superficial por motivos que no se exponen, no se contrastan otras posibles explicaciones de esa aparente concentración (condiciones geomorfológicas del lugar y eventual intervención de procesos geoarqueológicos) y no se explican los procedimientos arqueológicos que permiten dar por sentada la inexistencia de un asentamiento andalusí en la zona<sup>14</sup>; si para Helena Kirchner éste es un ejemplo de riguroso "manejo" de datos arqueológicos tendré que suponer, en el mejor de los casos, que la autora aplica desiguales criterios en su crítica de la competencia arqueológica ajena y, en el peor, reafirmarme en que la suya es escasa.

12. Únicamente me refiero aquí al trabajo *Moneda y monedas àrabs a l'illa d'Eivissa* (Retamero, 1995), puesto que desconozco todavía el citado en prensa "*Arqueologia de un mercat rural andalusí (San Rafel, isla de Ibiza)*", *II Congrés de Arqueologia Peninsular*.

13. La única referencia general al problema se limita a señalar que "*Bona part de les monedes i la informació sobre la procedència exacta d'algunes d'elles es van llegir, de manera pòstuma, al Museu d'Eivissa: Les condicions d'aquest lliurament, que ara no ve al cas especificar, permeten sostenir, sense grans dubtes, la fiabilitat de la informació*" (Retamero, 1995: 15); mientras que para el caso de San Rafel se añade "*La distribució de les peces inclosa en la Figura 2 recull una concentració significativa a la zona de San Rafel. La informació facilitada per la persona que va efectuar les troballes permet, a més, precisar l'àlçada del punt kilomètric on van aparèixer les peces que no coincideix, tanmateix, amb la indicació assenyalada en el mapa.*" (Retamero, 1995:31). Hemos de aceptar, pues, el postulado de que todas las monedas proceden de hallazgos superficiales, cuando lo contrario implica un delito de expolio que raramente reconoce quien lo comete.

14. "*No s'han trobat tampoc restes ceràmiques d'època andalusina. L'aparició, doncs, de peces en un emplaçament on, d'acord amb la informació toponímica i sobre altres restes arqueològiques, no hi va haver cap assentament, només pot ser explicada per l'existència d'un centre efímer on es duïen a terme transaccions on hi havia monedes.*" (Retamero, 1995:32).

No obstante, en la discusión que nos ocupa me parece más preocupante la imprecisión conceptual que demuestra la autora en lo relativo a los principios de estratificación arqueológica, que constituyen, como todo arqueólogo sabe, la base "...por la cual los yacimientos arqueológicos pueden ser debidamente comprendidos", ya que "...permiten al arqueólogo determinar el orden cronológico relativo en que fue creada la estratificación" (Harris, 1991:11-12). Es notorio que la autora pretende demostrar con su crítica la ruptura material en el siglo VIII, señalando que los contextos cerámicos visigodos y emirales nunca se suceden en los mismos yacimientos; por ello resulta muy revelador observar cómo valora uno de los ejemplos que presentan una secuencia de ocupación ininterrumpida entre, al menos, los siglos VII y IX: "*El caso del Tolmo de Minateda, es el único donde hay una inmediatez estratigráfica y cronológica<sup>15</sup> entre los siglos VII y VIII, pero tampoco coinciden ni en los niveles visigodos, ni en el emiral, las formas de ambas tablas. Este ejemplo muestra con contundencia la existencia de un antes y un después en los repertorios cerámicos*" (Kirchner, 1999: 190).

Realmente siempre descorazona que los datos arqueológicos que hemos contribuido a construir demuestren con tanta "contundencia" algo que no sospechábamos<sup>16</sup>, pero sobresalta aun más observar en qué términos se plantea la cuestión. ¿Qué es la inmediatez estratigráfica?, si atendemos al significado de las palabras, la cualidad de contiguo o muy cercano a otra cosa aplicada a los estratos sólo puede referirse al contacto físico; ¿Quiere pues decir que en el Tolmo los estratos de los siglos VII y VIII se tocan?, porque eso no significa nada más allá del propio hecho físico y denota que el único principio arqueológico que Helena Kirchner aplica es una rudimentaria Ley de Superposición. En tal caso debo advertir que en algunos sectores del yacimiento hay, por ejemplo, "inmediatez estratigráfica" entre la Edad del Bronce y la época visigoda, puesto que para construir el relleno de la muralla altomedieval se recortaron estratos prehistóricos, sin que eso signifique ninguna proximidad cronológica entre ambas obras. De hecho, una de las características de la estratificación arqueológica es precisamente que no se puede establecer una correlación obvia entre el orden físico de la estratificación y el de la secuencia estratigráfica, esto es, el orden temporal en la deposición de los estratos y en la creación de elementos interfaciales (Harris, 1991: 57 y ss.), y por tanto el orden secuencial de las unidades estratigráficas nada tiene que ver con "inmediateces". Este desconocimiento de los principios de estratigrafía arqueológica ilustra la consecuencia de considerar sin más que "*La rutina de la excavación y de la prospección están ya suficientemente establecidas y, en sus variantes, deberían darse por supuestamente aprendidas y asimiladas por todos los arqueólogos*" (Barceló, 1988: 12).

Pero da la casualidad de que la autora discute, aun sin explicarlo correctamente, la existencia de secuencias estratigráficas continuadas entre los siglos VII y VIII; por ello, al cuestionar los restos urbanos atribuibles al siglo VIII, señala que incluso en el caso del Tolmo, cuya fiabilidad parece aceptar, "...habrá que ver, en futuras

---

<sup>15</sup>. La negrita es mía.

<sup>16</sup>. En el Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete) se desarrolla desde 1988 un proyecto arqueológico que yo misma codirijo desde 1990 con Lorenzo Abad y a cuya dirección se ha incorporado Blanca Gamo en 1999. Respecto a la coincidencia de formas visigodas y emirales véase Gutiérrez Lloret, 1999:107, fig. 15.

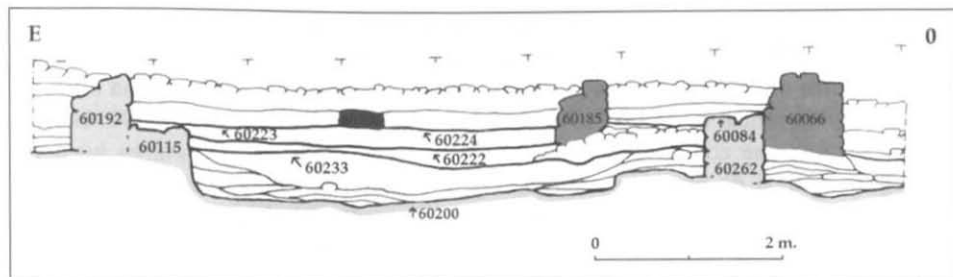


Fig. 1. Proyecto arqueológico Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete): Sección E-E'.

publicaciones específicas sobre este yacimiento, qué entidad precisa tienen estos 'niveles altomedievales' y hasta que punto no existe una ruptura estratigráfica a principios del siglo VIII" (Kirchner, 1999: 184). Creo que es evidente que Kirchner desea una ruptura en el siglo VIII en grado muy superior a la necesidad de continuidad que me atribuye, y cuando los documentos arqueológicos no muestran abandonos generalizados, consecuencia seguramente de pestes y plagas recurrentes, los omite o sencillamente los cuestiona. Aunque la bibliografía sobre el sitio ya es extensa, en atención a que al parecer mi recensora la desconoce<sup>17</sup> avanzo aquí un fragmento de una de las secciones acumulativas trazadas en el área de excavación situada en la parte alta de la ciudad, donde se ha documentado un barrio emiral superpuesto a un complejo religioso de época visigoda (fig. 1). Evidentemente no es éste el lugar apropiado para explicar en detalle esta referencia gráfica y la secuencia estratigráfica que ilustra<sup>18</sup>, pero es importante señalar que la estratificación arqueológica permite reconstruir un orden secuencial relativo, esto es, una secuencia estratigráfica de ocupación ininterrumpida entre el momento de construcción de la iglesia visigoda y el abandono emiral de la ciudad<sup>19</sup>, con al menos cuatro momentos de uso superpuestos; ni que decir tiene que

17- Sobre el proyecto cfr. Abad, Gutiérrez y Sanz (1993 y 1998); Abad, Gutiérrez y Gamo (1999); Abad (1996); Abad y Gutiérrez (1997); Gutiérrez (1996, 1998 y 1999), a más de algunos trabajos en curso de publicación: Abad, Gutiérrez y Gamo (e. p.), Gutiérrez (e. p. a, b y c). En la actualidad se última la publicación de la 1ª fase de excavaciones ("Reguerón", necrópolis septentrional y almazara meridional).

18- La sección E-E' atraviesa de oeste a este el flanco meridional de la basílica y las zonas adyacentes; el fragmento escogido corresponde a la habitación colindante con la entrada meridional de la iglesia, en las proximidades del baptisterio, a la que pertenecen los muros 60262, 60192 y el banco 60115, construidos sobre la roca. En este punto del yacimiento se aprecia una secuencia de ocupación ininterrumpida representada por al menos dos usos sucesivos en el interior de la habitación (el correspondiente al uso litúrgico del edificio, representado por el suelo tallado en la roca 60200, y un uso doméstico posterior con hogares y restos de un pavimento, 60233), seguidos de una remodelación urbanística que implica la creación de una vivienda que aprovecha algunas paredes del edificio visigodo (muro 60192) y arrasa otras (60084, superficie de truncamiento del muro 60262) para construir un azúcate que la separa de una vivienda vecina, a la que corresponde el muro 60066; por último, la vivienda fue tabicada internamente (60102) antes de su definitiva colmatación. En esta sección se señalan únicamente las unidades estratigráficas verticales y las interfaces de uso relacionadas con las acciones constructivas, en pro de la claridad.

19- La construcción de la basílica no puede retrotraerse más allá de las últimas décadas del siglo VI, si bien parece más probable una datación en el siglo VII. De otro lado, el nivel de abandono definitivo del asentamiento, representado por un contexto material homogéneo, es claramente emiral y se viene fechando *grosso modo* en la segunda mitad del siglo IX (Gutiérrez Lloret, 1999) estando ausentes los materiales califales. Además, el hallazgo de un *fals* de leyendas religiosas sin ceca ni fecha, datado por su morfología en la segunda mitad del siglo VIII o, a lo sumo, principios del siglo IX, en un estrato sobre el que se construyó uno de los muros de la vivienda vecina ha permitido precisar la cronología emiral de la remodelación urbanística a la que corresponde la tercera fase de uso de la habitación representada. En cualquier caso las dataciones absolutas por C-14, en curso de realización en los laboratorios del CSIC, permitirán en breve contrastar la secuencia estratigráfica relativa.

dicha secuencia es independiente de su contenido artefactual, que a partir de la misma dispone de una datación relativa. Creo que este ejemplo permite calibrar la precisa entidad de los niveles altomedievales del Tolmo y constatar que no se aprecia ninguna ruptura estratigráfica, ni aquí ni en otros puntos del yacimiento, pero para ello Helena Kirchner tiene que comprender el concepto de secuencia estratigráfica, en lugar de perseguir el ideal de datación positivista y artefactual que denota su único estudio ceramológico sobre Setefilla, donde *“le fait que dans les études de céramique andalouse la stratigraphie serve encore à dater la céramique”*<sup>20</sup>, *au lieu que ce soit la céramique qui permette de dater les couches distinguées au cours d'une fouille...*” es una de las “dificultades” que impiden precisar la cronología de los materiales islámicos (Kirchner, 1990: 32).

La escasa familiaridad con los principios de estratificación y las técnicas de investigación arqueológica que evidencian los ejemplos anteriores, conduce a mi recensora a cerrar una argumentación circular, tomando como premisas cronológicas lo que en mi trabajo eran propuestas de agrupación diacrónica de formas y decoraciones de diversos yacimientos, destinadas a definir contextos cronológicos de asociación en ausencia de contextos estratigráficos. En concreto, en el apartado de la seriación cronomorfológica proponía, a modo de síntesis, tres agrupaciones correspondientes a las producciones tardorromanas y de época visigoda (ss. VI, VII y primera mitad del VIII), las de época emiral (segunda mitad del VIII y IX) y las del siglo X (Gutiérrez, 1996: 170 y ss.). Curiosamente es esta síntesis –en realidad sus ilustraciones– la que lleva a Helena Kirchner a afirmar un “cambio de repertorio” entre época visigoda y emiral, *“visible en las figuras donde se representan los conjuntos de formas organizados cronológicamente”*, en referencia a las figs. 74 a 82 (Kirchner, 1999: 190); imagino que el razonamiento de la autora es el siguiente: sí, por ejemplo, las marmitas de la serie M1 y M2 ya no figuran en las láminas que ilustran la cerámica emiral, donde se incluyen ejemplos de la serie M4.1, la conclusión sólo puede ser que *“las marmitas estrictamente pre-emirales no sobreviven a la mitad del siglo VIII”* o ni tan siquiera, porque más adelante llama la atención sobre una cuestión crucial *“¿son estas cerámicas fabricadas todavía en el siglo VIII o se trata sólo de presencias residuales de cerámicas quizá del siglo VII en contextos del siglo VIII?”* (Kirchner, 1999: 160). Es una lástima que la ceramología no sea una ciencia exacta y que –como parece creer Helena Kirchner– las cerámicas no lleven un código de barras en su base, que nos permita saber cómo, dónde y sobre todo cuándo se fabricaron, pero una cosa es una lámina de síntesis y otra bien distinta es una propuesta de seriación cronomorfológica.

De lo que se trata aquí es de analizar la evolución morfológica de ciertas formas a lo largo del tiempo y, siguiendo con el ejemplo anterior, en el caso de las marmitas de base plana lo que yo sostengo es que se aprecia una *“evolución tipológica desde las más antiguas (serie M2) –características de los niveles de los siglos VI, VII y principios del VIII en los asentamientos tardorromanos– a las plenamente islámicas (M4.1) –fechadas entre mediados del siglo VIII y fines del IX– que a su vez evolucionan en perfiles más modernos, como los de las formas M4.2 –propias del siglo X– o M5, fechables a partir de la segunda mitad del siglo X”* (Gutiérrez Lloret, 1996:

---

20. La negrita es mía.

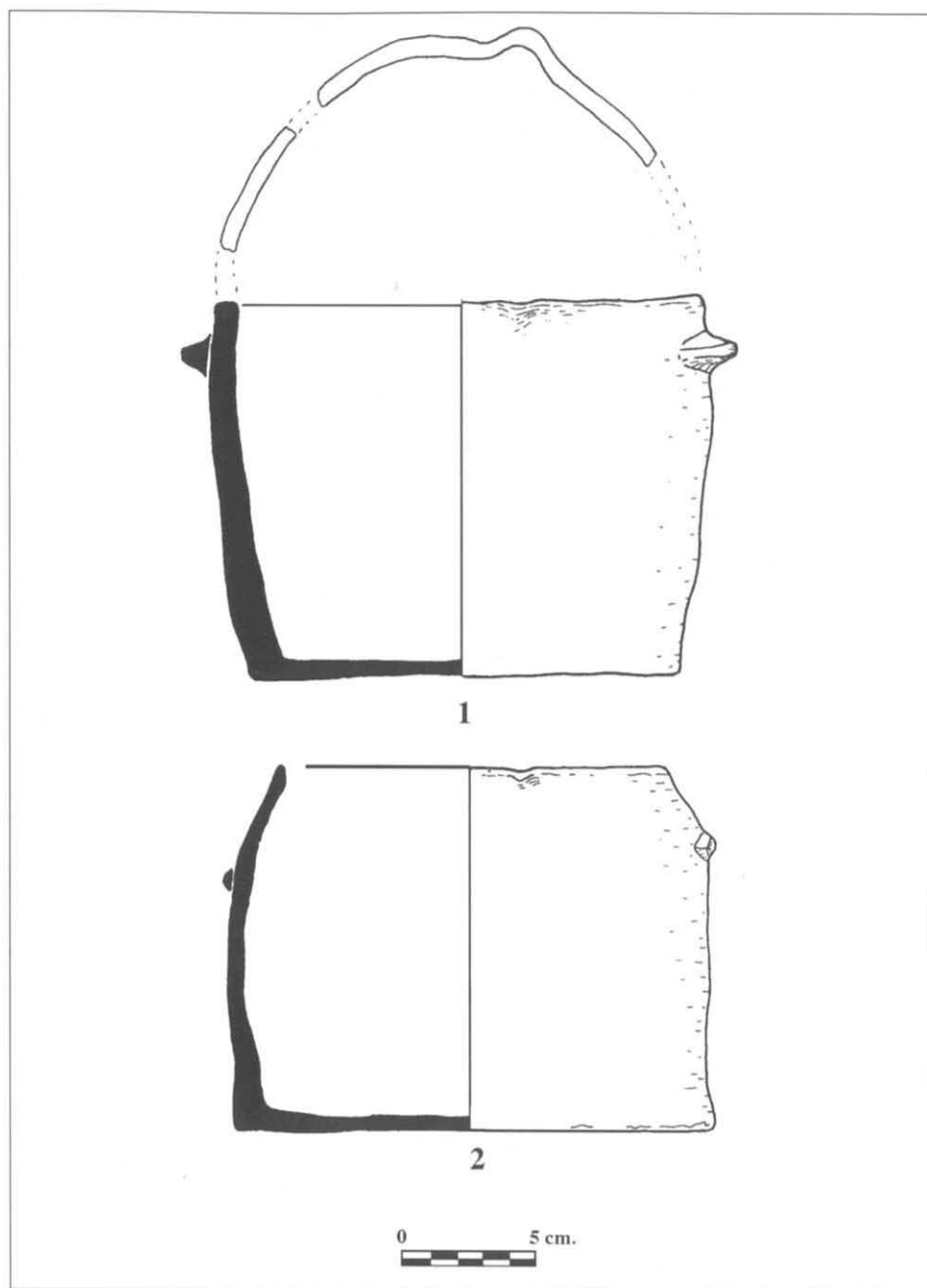


Fig. 2. Evolución morfológica de las marmitas modeladas a mano de base plana. 1: forma M2 (ss. VII a principios / mediados del VIII) y 2: forma M4.1 (mediados del s. VIII a fines del IX) (Gutiérrez Lloret, 1996).

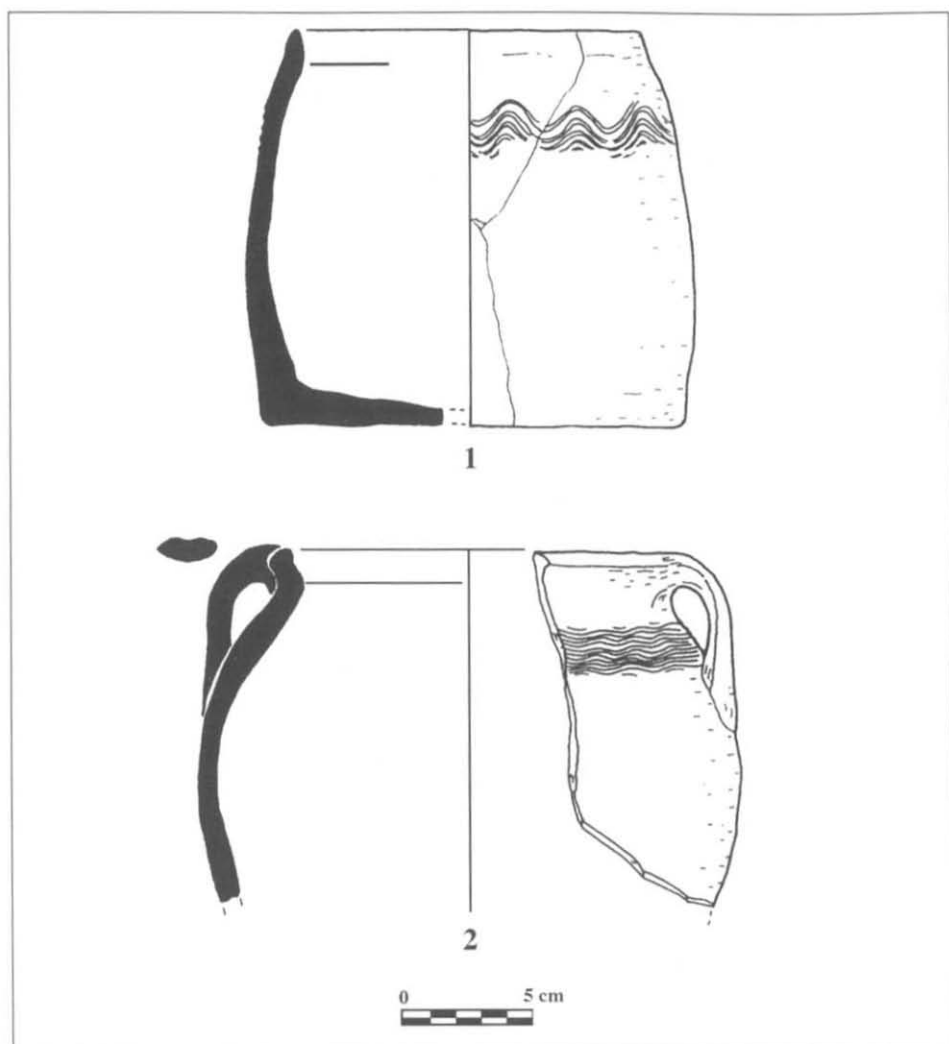


Fig. 3. Evolución morfológica de las marmitas modeladas a mano de base plana. 1: forma M4.2 (siglo X) y 2: forma M5 (a partir de la segunda mitad del X) (Gutiérrez Lloret, 1996).

195, n. 72) (figs. 2 y 3); de haber comprendido esta seriación morfológica mi recensora se podría haber ahorrado la infructuosa búsqueda de solapamientos y coexistencias. Si éstas y otras producciones a mano y a torno se consideran de tradición tardorromana o hispanogoda es precisamente por la relación morfológica entre las producciones de una y otra época; por el contrario, cuando se plantea que ciertas formas responden a tradiciones traídas por los conquistadores árabo-bereberes, como ocurre con el *tannūr* u horno de pan, los arcaduces, los jarros de la serie T20 y las producciones vidriadas en general, es porque no existen con anterioridad, lo que no quiere decir que unos y otros no produzcan otros repertorios formales cuyo origen no logramos identificar. Por tanto, no hablamos de continuidad técnica, como sostiene Helena Kirchner, sino morfológica y esto merece una aclaración.



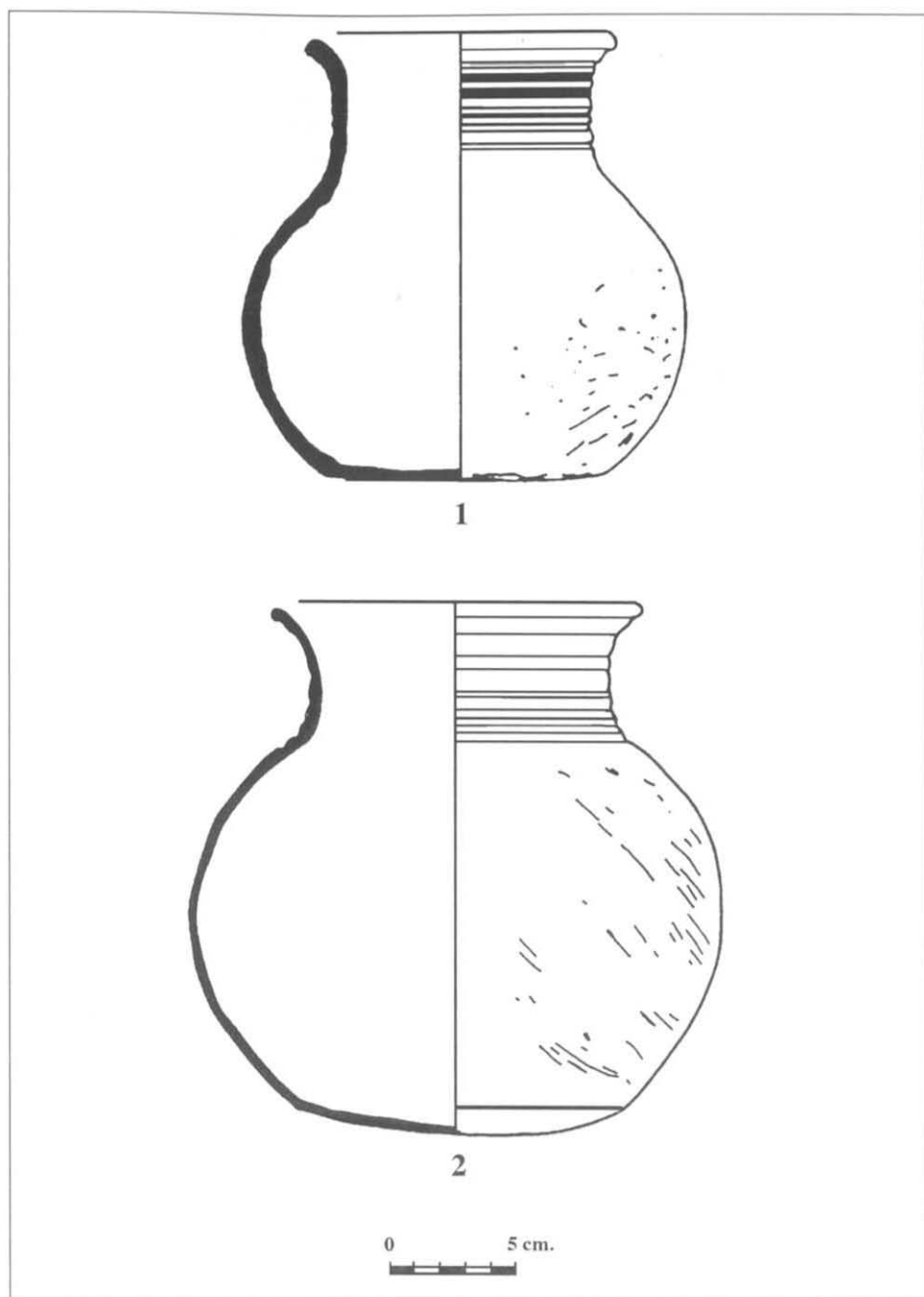


Fig. 4. "Ollas valencianas" procedentes de contextos estratigráficos de la ciudad de Valencia. 1: Almoína, relleno de una fosa, ss. VI-VII y 2: C/ Comte de Trenor, s. IX (Pascual *et alii*, 1997: 197, fig. 8,12 y 199, fig. 10,1).

La recensora reduce arbitrariamente la cuestión a una dimensión exclusivamente técnica, pretendiendo que lo que sostengo es “...que la tradición técnica de fabricación a mano o torneta es ‘indígena’” (Kirchner, 1999: 158), es decir, propia y exclusiva de las poblaciones muldés o mozárabes; sorprende esta atribución puesto que en el mismo libro reseñado dedico numerosas páginas a estudiar estas cuestiones técnicas en ámbitos sociales y cronológicos del Mediterráneo que nada tienen que ver con las poblaciones de origen hispanorromano, pero más asombra la flaca memoria de la autora, que a pesar de citar abundantemente una parte de su intervención en el coloquio de Salobreña sobre *La cerámica altomedieval en el sur de al-Andalus* (Kirchner *apud* Malpica, 1993, 146-52), olvida que en el mismo marco y a propósito de la identificación mecánica entre tradiciones técnicas y determinados tipos de población, señalaba que M. Acién había planteado muy claramente una posible explicación “...que no recurre a esta asociación mecánica del porqué aparecen tradiciones diferenciadas en la Marca Media, Šarq al-Andalus o en el sudeste”, al tiempo que nos pedía expresamente a Manuel Acién y a mi misma que atajásemos “...de forma clara y definitiva este tipo de asociaciones mecánicas, y a partir de aquí, si alguien quiere insistir en ello, que sea bajo su responsabilidad y no en vuestro nombre” (Kirchner *apud* Malpica, 1993:200-1); entiendo pues que el empecinamiento en la continuidad técnica es responsabilidad exclusiva de mi recensora, y más cuando los ejemplos de esta mecánica asociación que aduce ahora (Kirchner, 1999: 192-3) son los mismos que se discutieron entonces<sup>21</sup>.

En cualquier caso hay cuestiones técnicas que no comparto con la autora; Helena Kirchner piensa que “...para cocer en el fuego se necesita algo parecido a una olla” (Kirchner, 1999:162, n. 10) y “Hay muy pocas posibilidades de diversidad formal para fabricar a mano o a torneta una olla destinada a cocer alimentos” (1999: 156), mientras que lo que en realidad se necesita es un recipiente con buena resistencia al choque térmico y ésta es una cualidad técnica que en principio no determina la morfología. Como ha estudiado M. Picón (1995: 144-5) sólo ciertas arcillas de buena calidad, como las empleadas en la cerámica africana de cocina, poseen coeficientes de dilatación bajos y permiten fabricar cerámicas culinarias de paredes finas con buena resistencia térmica y mecánica; cuando las arcillas son mediocres, como ocurre en el caso de las calcáreas, la resistencia al choque térmico se logra agregando desengrasantes abundantes, que aportan los fundentes necesarios para alcanzar la madurez de cocción a bajas temperaturas y que proporcionan una textura lo menos rígida posible. Se opta así por una estrategia productiva que asocia pastas bastas, modelado manual, paredes gruesas y cocción a baja temperatura, y que se aplica a la mayoría del repertorio formal y funcional (Gutiérrez Lloret, 1996: 53 y ss.; 1999: 84-5).

La hipótesis de Helena Kirchner no explica por qué las marmitas de base plana del siglo IX (fig. 2, 2) y las coetáneas “ollas valencianas” (fig. 4, 2) son tan diferentes formalmente cuando “... se trata de formas concebidas para una misma función y realizadas con medios técnicos equivalentes” (Kirchner, 1999: 156), es decir,

<sup>21</sup>. En concreto en su intervención al coloquio indica expresamente que el trabajo de S. Fernández Gabaldón es la causa de su preocupación (Kirchner *apud* Malpica, 1993: 200-1), mientras que los restantes –el C. Iñiguez y J.F. Mayorga; el de A. Gómez Becerra y el de E. Motos– se presentaron y discutieron en el mencionado coloquio (*apud* Malpica, 1993: 117-38, 173-92 y 207-38 respectivamente); parece pues que la única que insiste en ello desde entonces es la propia Helena Kirchner.

cerámicas de cocina modeladas con pastas bastas. Tampoco aclara por qué cada forma culinaria predomina casi con exclusividad en los registros emirales del ámbito de Tudmīr (las marmitas de base plana) o del territorio valenciano (la olla) respectivamente, y se mantiene durante todo el periodo islámico, incluso cuando se adoptan nuevas estrategias productivas, como ocurre en el caso de las ollas valencianas, que a partir del siglo XI se fabrican a torno, con paredes finas y compactas tipo "cáscara de huevo" (Bazzana, 1986, 97)<sup>22</sup>. Estos ejemplos evidencian una preferencia formal que no viene determinada por "...el estrecho margen de variabilidad impuesto por la técnica de fabricación y la función" y, desde luego, no se justifica aludiendo a un "cambio estilístico en las ollas", que la autora nunca explica a pesar de parecerle "bien claro" (Kirchner, 1999: 160-1); y es una lástima, porque la imprecisión conceptual de la expresión "cambio estilístico" es tal que, Diccionario de la RAE en mano, no logro dilucidar si se refiere a cambios en el "modo, manera o forma" de hacer cerámica o antes bien "al carácter propio que dio a sus obras el artista", lo cual realmente importa poco porque ninguna de las dos significa nada en este contexto.

El caso de las "ollas valencianas" tiene un interés añadido, ya que su aparición en un territorio caracterizado por un temprano poblamiento beréber sugeriría una eventual relación entre ambos fenómenos; por este motivo, la hipótesis de Pierre Guichard de considerar dicha forma definidora de un "horizonte cultural indígena", previo a la época musulmana, me sorprendió tanto como a Helena Kirchner, ya que cuestionaba un reconocimiento arqueológico que todos dábamos por sentado, pese a la prudencia con que A. Bazzana y P. Guichard habían planteado la cuestión<sup>23</sup>. En cualquier caso el tiempo parece haberles dado la razón, ya que ejemplares de estas ollas se han hallado en un basurero de finales del siglo VI o inicios del VII en la plaza de la Almoina en la ciudad de Valencia (Pascual *et alii*, 1997, 197, fig. 8, 12) (fig. 4, 1), lo que refuerza la sugerencia de su origen preislámico, formulada por Bazzana y Guichard, frente a la hipótesis alternativa de relacionar estas producciones de cocina con el temprano poblamiento beréber de la región donde son características (Gutiérrez Lloret, 1999: 81).

Sin embargo, esta aparente constatación arqueológica –que aún deberá ser contrastada con más ejemplos– no invalida la posibilidad de reconocer materialmente el poblamiento beréber temprano de la zona valenciana o de otras regiones de al-Andalus, ni desde luego elimina la emigración beréber, solapada intención que me atribuye mi recensora por motivos que desconozco<sup>24</sup>; en todo caso, será necesario replantear la estrategia de investigación a partir de otros indicadores materiales, como por ejemplo los espacios hidráulicos asociados a establecimientos clánicos beréberes, que según la autora

<sup>22</sup> Este particular ha sido desarrollado con las pertinentes referencias bibliográficas en Gutiérrez Lloret, 1999: 85).

<sup>23</sup> Además de la antedicha referencia de Pierre Guichard (1990:181 y doss. 31), también André Bazzana (1986: 97) propuso fechar las ollas del tipo I, que son las que nos ocupan, entre los siglos VII y IX, considerando que se trata de una forma que pudo aparecer en los últimos decenios de la época visigoda.

<sup>24</sup> "Estamos, pues, a punto de eliminar la inmigración berber (sic), porque, por supuesto, si se confirmara la relación establecida por Guichard entre las 'ollas valencianas' y los indígenas, o aparecieran, en los valles de la *Yibāl Balansiya* materiales siguiendo la 'tradición' identificada por S. Gutiérrez, se podrá afirmar, ya sin precauciones, que no hay emigración bereber antes del siglo X, y que, a partir del X, como las 'ollas valencianas' tienen también un origen indígena, la emigración bereber se habrá limitado a manchar el mapa de topónimos" (Kirchner, 1999: 175). Conste que quien esto afirma es Helena Kirchner, ya que yo jamás he estudiado este territorio y desconozco, por tanto, sus materiales islámicos tempranos.

se constatan en varios valles de la *Yibāl Balansiya* (el territorio montañoso entre las actuales provincias de Alicante y Valencia). No obstante, para desarrollar esta investigación sería conveniente documentar también las áreas de residencia y los materiales cerámicos asociados a estas *"repetitivas formas de asentamiento"* (Kirchner, 1999: 174). Opina mi recensora que *"...la primacía otorgada al lugar de residencia en los estudios arqueológicos impide comprender las estrategias de asentamiento"*, si bien aclara de inmediato en nota a pie de página que con esa crítica no pretende *"dar a entender que las zonas de residencia no deban ser estudiadas, por prospección o por excavación, y que no se pueda obtener información histórica de ellas"* (Kirchner, 1999: 169, n. 16). El establecimiento de prelaciones en la estrategia de investigación únicamente significa antelación o preferencia en el estudio y, por tanto, la aclaración sería redundante, si no fuera porque en realidad justifica una absoluta carencia de estudios concretos; de hecho, en la mayoría de casos estudiados por la arqueología hidráulica la invisibilidad material de los lugares de residencia es tan impenetrable que se hizo necesario establecer un concepto teórico para referirse a los mismos –*"...el concepto de los 'asentamientos difusos' cuya realidad más tangible no es el área de residencia sino el espacio irrigado"*<sup>25</sup>–, mientras que en la práctica la documentación escrita deviene el único recurso posible para su localización (Barceló y Kirchner, 1995:27-8).

Así las cosas, podemos suponer que si la prospección hidráulica de los valles de la *Yibāl Balansiya* ha sido capaz de poner en evidencia las estrategias de asentamiento (áreas de residencia y espacios hidráulicos) correspondientes a la emigración beréber temprana, que es la que nos ocupa, una adecuada contrastación de sus restos materiales permitirá conocer las tradiciones cerámicas de las comunidades que los construyeron; ¿o no?, porque en este punto me asaltan varios interrogantes: en primer lugar, me gustaría saber qué grado de certeza tiene la datación arqueológica de esa red de establecimientos clánicos a partir de la prospección hidráulica, ya que los contextos materiales que proporciona el reconocimiento superficial carecen por definición de precisión cronológica, como señalaba más arriba. Es más, la experiencia de investigación con contextos estratificados altomedievales en el Tolmo de Minateda nos ha llevado a considerar que no siempre es posible matizar cronologías con materiales descontextualizados, más allá de los encuadramientos generales logrados hasta el momento. Hemos comprobado que a partir exclusivamente del contenido artefactual de los estratos resultaría imposible precisar una cronología concreta del siglo VIII, ya que no existen fósiles directores tan precisos y los tenidos por tales, como por ejemplo la toréutica visigoda, perduran o se utilizan en momentos posteriores; de hecho, dado que muchos contextos únicamente se diferencian de los anteriores o posteriores en cuestiones de porcentualidad, la única precisión cronológica posible emana del tiempo relativo de la propia secuencia estratigráfica (Gutiérrez Lloret, 1999: 88-89), y eso es precisamente lo que resulta más difícil obtener de la arqueología extensiva: el tiempo relativo del proceso histórico.

---

25. *"Se trata de numerosos asentamientos conocidos por la documentación del siglo XIII que no han dejado, normalmente, ningún rastro arquitectónico -sólo algunos fragmentos de cerámica ocasionales-, vinculados a pequeños espacios irrigados a partir de fuentes, de tamaño muy pequeño (no más de 1 Ha habitualmente), que muy probablemente implicaban a un reducido número de habitantes con poca capacidad de generar restos perdurables"* (Kirchner y Navarro, 1994:163-4).

En segundo lugar, sería conveniente explicar la relación del fortín de Almisérat con esa red de asentamientos clánicos beréberes, que la autora sugiere sin mayores aclaraciones (Kirchner, 1999: 174). Dicho fortín fue estudiado en profundidad por André Bazzana, que propuso dos hipótesis cronológicas e históricas alternativas para explicar su construcción: la primera lo relacionaba con la fitna beréber de fines del siglo IX, mientras que la segunda lo vinculaba al control efectivo de la zona del Šarq al-Andalus logrado por el Estado cordobés después de la campaña del año 926 (Bazzana, 1990, 106). Si me decanto por la segunda, al considerarlo un fortín omeya destinado a hacer efectiva la autoridad califal en un territorio que hasta ese momento había permanecido al margen de su control, es precisamente por la naturaleza y cronología del registro material del asentamiento (Gutiérrez Lloret, 1996: 31 y n. 17); la abundancia de formas de verde y manganeso evolucionadas (con anillo de solero) hace difícil fechar el uso del fortín con anterioridad a mediados del siglo X, ya que ese programa decorativo comienza a producirse tras la instauración del Califato y el traslado de la ceca a Madīnat al-Zahrā' hacia finales de la década del 940, de acuerdo con la opinión de Miquel Barceló (1993). Como afirma mi recensora, *"Es impensable, pues, mientras no haya una estructura urbana mínimamente consolidada, la existencia de una producción cerámica especializada y comercializada a través de los mercados urbanos"* y dichos *"mercados urbanos y, en consecuencia, los artesanos especialistas, no se consolidan como nudos superiores de las redes de mercados antes del X, e incluso del XI"* (Kirchner, 1999:157); creo que Helena Kirchner convendrá conmigo que el "verde y manganeso" es una producción especializada, que se fabrica en talleres urbanos inspirados en los modelos palatinos cordobeses, a lo largo de la segunda mitad del siglo X o ya en el XI. Por este motivo, se me hace difícil pensar qué otra relación pudo haber entre un fortín de cronología califal y una red de asentamientos clánicos beréberes correspondientes a la fase de migración temprana, a no ser que –parafraseando a la autora (1999:160, n. 7)– Helena Kirchner condicione la relación a una cronología posterior al siglo X, cosa que no precisa.

Hay una tercera cuestión que también me preocupa: los límites de la toponimia como indicador cronológico. A propósito de la discusión sobre el origen del poblamiento del Bajo Segura la propia Helena Kirchner plantea uno de esos límites: *"no se puede pretender que la toponimia de unos lugares de residencia abandonados en el X se conserve en la documentación feudal de la conquista. Sólo se conservará si se mantiene vigente hasta este momento el topónimo a pesar del abandono"* (Kirchner, 1999:169); sin duda el enunciado es correcto, pero incompleto ya que podríamos añadir otras dos limitaciones no menos importantes: de un lado, que la conservación de los topónimos y su vigencia en el momento de la conquista feudal no permite precisar en ningún modo el momento de su fijación. De otro, que el origen social y lingüístico del topónimo (árabe, beréber, latino, etc.), por inequívoco que sea, nunca demuestra que los eventuales restos materiales conservados en el lugar tengan un origen similar, como la autora pudo constatar personalmente en el castillo de Mediona, donde la coincidencia de un topónimo beréber, una galería de captación de agua y el buen tapial empleado masivamente en las construcciones visibles, condujo a su errónea identificación con un *hishn* excepcionalmente conservado al que se habían superpuesto otros edificios de época feudal, hasta que la excavación permitió datar las estructuras de tapial a finales del siglo XIII o inicios del XIV (Barceló, 1991:94-5 ; Barceló, Kirchner, Martí y Torres, 1991).

Así pues, la toponimia como cualquier otra fuente, necesita un procedimiento de crítica interna que permita utilizar históricamente la información que aporta, y una buena contrastación procede sin duda de la toponimia histórica, es decir aquella que queda fijada en una fuente escrita medieval con independencia de su perduración posterior; por seguir con el ejemplo de la *Yibāl Balasiya*, una cosa sería caracterizar socialmente los asentamientos clánicos bereberes por la pervivencia actual de un topónimo, lo cual con ser posible no aporta ninguna certeza cronológica sobre el momento de instalación, y otra bien distinta contrastar esos topónimos en una fuente árabe de, pongamos, el siglo IX o X. Por ello resulta muy sorprendente que en su crítica a la caracterización indígena del poblamiento del Bajo Segura en la Alta Edad Media, mi recensora sostenga que "*Lo que ha servido de argumento para dar soporte a la identificación de indígenas no son más que unos restos...*" (Kirchner, 1999: 170), en referencia a los materiales cerámicos y constructivos tardorromanos y al menos a un enterramiento múltiple de rito preislámico que se documentan en algunos asentamientos emirales del Bajo Segura. Frente a lo que considera una abusiva interpretación de los restos materiales, la autora sostiene que estos asentamientos no pueden ser relacionados con el poblamiento tardorromano y, con sólo leer mis descripciones, ofrece una sencilla solución: "*...no son más que creaciones ex novo realizadas tras una selección de un espacio donde, a partir de los conocimientos técnicos de los grupos que los producen, se crean unos nuevos espacios agrícolas irrigados, alimentados por norias, como bien evidencian los arcaduces. Las norias y los espacios irrigados forman parte de conocimientos técnicos y de cadenas relacionadas con ellos que no difunden los 'indígenas'*" (Kirchner, 1999: 171). Es decir, si he entendido bien, estamos ante asentamientos beréberes o árabes que ocupan un territorio que hemos de suponer despoblado.

Pues bien, de esta forma la autora obvia injustificadamente cualquier referencia a la precisa descripción que el geógrafo almeriense al- 'Uḍrī hizo del territorio en cuestión en el siglo XI; precisa y clara descripción que, además de explicar el origen urbano de la huerta de Orihuela, designa el territorio pantanoso donde concluye en riego de derivación como la *nāḥiya* de *al-muwalladīn*, es decir la comarca o región de los muladíes, en referencia a poblaciones de origen indígena ya convertidas al Islam. No voy a detenerme aquí en una argumentación que ha sido expuesta, además del libro recensionado (Gutiérrez Lloret, 1996: 315 y ss.), en diversos trabajos específicos que la autora a buen seguro conoce (Gutiérrez Lloret, 1995, 1996 a y b), pero sí resaltaré que el origen social de los habitantes de la región –indígenas islamizados– estaba claro en el siglo XI. A no ser que la autora piense que los creadores de esos asentamientos emirales "ex nouo" vinieron sin islamizar o bien se "desislamizaron" para luego "reislamizarse" por motivos que desconocemos, cualquier "*auténtico estudio de estos asentamientos*" que emprenda (Kirchner, 1999: 171) tendrá que explicar dicha caracterización. Qué duda cabe que toda esta explicación podría haberse realizado a partir únicamente de la evidencia, en apariencia tan inequívoca como en el caso de Mediona, del topónimo actual de Almoradí, y entonces sería sin duda la labor de "encaje" y "composición" que me atribuye mi recensora (Kirchner, 1999: 185), pero da la casualidad que *al-muwalladīn* es un topónimo árabe del siglo XI y muchas formas cerámicas de estos asentamientos entroncan morfológicamente con formas preislámicas bien datadas en contextos estratigráficos.

Hay otra falsía que Helena Kirchner me atribuye y que requiere cumplida respuesta; sostiene mi recensora que a pesar de ser muy crítica con los paralelos etnográficos, cuando conviene a mi argumentación los utilizo, e ilustra esta falta de rigor con dos sorprendentes ejemplos, que no se si achacar a malicia o a ineptia (Kirchner, 1999:158-9, n. 5). El primero hace referencia a la analogía etnográfica utilizada para explicar un sistema productivo de carácter doméstico y generalmente femenino, asimilable al modelo que D.P. S. Peacock definió como *household industry* (Gutiérrez Lloret, 1999: 187); según parece pensar Kirchner esta utilización cuestiona mi recomendación, que no exigencia, de temporalizar una analogía etnográfica para que tenga valor histórico, al tiempo que se contradice con "...la comparación de los registros cerámicos 'indígenas' con los magrebíes" que hemos hecho Manuel Acién y yo misma. Siento decir que por más que me he esforzado no he logrado ver ninguna contradicción, antes bien me parece que mi recensora vuelve a confundir conceptos que suponía bien establecidos. La analogía etnográfica es perfectamente viable en los aspectos tecnológicos y funcionales de los sistemas productivos (y ese es el nivel en que yo la empleo), pero esta similitud no autoriza a establecer paralelismos en la organización social, que son los que denuncio; en otras palabras, destinadas a mis alumnos, "*La analogía etnográfica sólo sería válida como argumentación social cuando pudiera establecerse entre dos sociedades comparables, no sólo desde un punto de vista estrictamente técnico sino también social e históricamente determinado*" (Gutiérrez Lloret, 1997: 129). En caso contrario las sociedades ibéricas serían semejantes a las beréberes porque sus cerraduras, sus hornillos o sus casas se parecen (Bonet y Guérin, 1995). Por otro lado, la cerámica beréber magrebí correspondiente a la época medieval (ss. IX y X) ha comenzado a reconocerse y estudiarse con éxito en Nakur, señalándose su "... nula relación con la cerámica tradicional, bien definida en esta zona por las observaciones etnográficas, en cuanto a la funcionalidad, tipología y decoración, lo que es más destacable en el presente caso pues se trata de la presumible continuidad de un mismo grupo tribal" (Acién, Cressier, Erbaty y Picon, 1999: 58-9); lo que en definitiva confirma que existen transformaciones arqueológicamente detectables en las sólidas, perdurables y en apariencia inmóviles sociedades bereberes (Gutiérrez Lloret, 1996:336).

Pero además, me temo que la autora confunde injustificadamente beréber con magrebí, porque la comparación a que alude entre cerámicas a mano tardorromanas del sureste de la Península Ibérica y las de Sétif, Hipona o Cartago (Gutiérrez Lloret, 1996:195-6), se establece entre producciones de época romana, que son tenidas por tales por sus excavadores y que forman parte de contextos donde aparecen también otras cerámicas romanas como la Terra sigillata africana; es posible que llevada por su seria crisis escéptica, Helena Kirchner no sólo dude de lo que escribieron Marx, Acién o al- 'Uđrī, sino también del rigor de las excavaciones de Cartago y Sétif, al igual que de las de Valencia, Cartagena o el Tolmo de Minateda, pero resulta a todas luces excesivo considerar beréber la sigillata africana producida en los hornos de El Mahrine porque se fabricó en el Magreb, ¿o acaso existe un paréntesis romano en la historia del Magreb?

El segundo ejemplo que aduce de mi incongruencia etnográfica se refiere al "curioso" y "nada justificable" paralelo egipcio moderno que al parecer empleo para identificar los arcaduces emirales del Bajo Segura. Se trata de la misma objeción que



Miquel Barceló (1996: 26) expresó en el marco de una discusión sobre los principios, métodos y técnicas de la Arqueología hidráulica, publicada por la revista *Arqueología y territorio medieval* (nº 3), y convenientemente contestada en el mismo volumen, que no me cabe la menor duda de que mi recensora conoce. Ya respondí entonces "...que los únicos paralelos -y hablamos de morfología- que he encontrado para los arcaduces estudiados son algunas piezas egipcias publicadas por este autor (Schiøler) (...). Tampoco he postulado la procedencia egipcia del sistema de anclaje de los arcaduces estudiados en el Bajo Segura, limitándome a señalar que egipcios son los paralelos conocidos, lo cual no pretende ser un argumento sino una mera constatación tipológica, sobre cuyos límites como argumentación histórica creo haber advertido yo misma" (Gutiérrez Lloret, 1996 b: 40). Sorprende pues que la autora vuelva ahora a la carga con idéntico argumento, sin aportar nada nuevo a la discusión, y sin hacer la más mínima referencia a la misma; tal vez Helena Kirchner leyó únicamente el texto de Miquel Barceló, pero no creo que la reiteración de un argumento lo convierta en certeza, ni estoy dispuesta a mantener una polémica recurrente con toda la escuela.

Queda, por fin, lo que mi recensora propone como argumento central y soterrado de la obra: "*la diferencia étnica y su persistencia*" (Kirchner, 1999: 159); central en tanto que la autora sostiene que "*de lo que se trata, en realidad, es si la identidad étnica es o no relevante en la formación de al-Andalus*", pero también soterrado ya que Helena Kirchner plantea el problema en términos de conspiración antiiberber y nos atribuye, en plural, una intención teleológica que resume así: "*Hemos llegado a donde querían*<sup>26</sup> *La cerámica a mano o torneta, junto con las similitudes formales con producciones preislámicas es indicio de existencia y pervivencia de indígenas y al mismo tiempo es excluyente de las migraciones bereberes, mientras que la llegada de árabes sólo contribuye modestamente con alguna novedad formal en el repertorio cerámico. Estamos otra vez ante el paréntesis musulmán de la Historia de España*" (Kirchner, 1999: 194).

No se si mi recensora escribe a la sombra de un sujeto colectivo, pero yo, desde luego, soy enteramente responsable en aciertos y errores de aquello que firmo en solitario y mis deudas científicas las expreso en el pertinente aparato crítico; ignoro, por tanto, quienes supone que querían llegar conmigo al paréntesis musulmán, pero en cualquier caso el reconocimiento material de los grupos sociales que participan en la formación de al-Andalus -indígenas, árabes o beréberes- nada tiene que ver con continuidades y conservaciones biológicas. Sin duda, mi trabajo parte de la hipótesis de que la cultura material permite, con la prudencia lógica, caracterizar el origen del poblamiento temprano andalusí, pero este reconocimiento se concibe exclusivamente como un instrumento para identificar las sociedades que intervienen en la formación de al-Andalus, y yo misma he advertido que la uniformización tecnológica que se aprecia en los registros materiales de mediados del siglo X, impide, con posterioridad a esa fecha, identificar grupos de población por su cultura material (Gutiérrez Lloret, 1993: 60 y 1996:335); por el contrario, Helena Kirchner considera significativo señalar que Setefilla es un asentamiento beréber a propósito de sus ollas (Kirchner, 1999: 187), a pesar de que los materiales corresponden a un momento muy avanzado del siglo X o ya del XI, cuando algunos clanes predominantes tienden a transformar su carácter tribal según opina la propia autora (Kirchner, 1986: 150).

26. La negrita es mía.

Al parecer Helena Kirchner considera esta línea de investigación una "curiosidad etnicista" y se desmarca de la misma, señalando que en su trabajo de 1988 (en referencia a las páginas 99-100) se limitaba a enunciar la posibilidad de distinguir diferencias en el poblamiento a partir de la cerámica (en concreto ponía como ejemplo poblamientos beréberes o también almorávides o almohades), sin tan siquiera pronunciarse favorablemente ante tal eventualidad (Kirchner, 1999:159, n. 6). Nuevamente la autora demuestra tener una memoria adormecida, porque su texto evidencia un pronunciamiento muy superior al que ahora reconoce; así, afirmaba con convencimiento que *"la investigación arqueológica sobre cerámica andalusí ha de comportar un estudio profundo en términos de producción --organización material y humana de ésta, volúmenes, etc.--, de distribución --mecanismos por los cuales se difunde, alcance geográfico--, de consumo --según niveles o ámbitos sociales distintos, según tipos de yacimientos, a partir de las diferentes composiciones de ajuares domésticos, etc.-- y culturales --si responde o no a tradiciones étnicas o a la organización social específica de las comunidades andalusíes--"*<sup>27</sup> (Kirchner, 1988:100); curiosamente en su reivindicación sobre la distinción entre los niveles de producción, distribución y consumo, olvida reclamar la autoría sobre el nivel cultural que, sin duda, no debemos a Karl Marx. Es más, en su estudio de las cerámicas islámicas de Setefilla, publicado con posterioridad, insistía en que *"Ces apparentes constance et homogénéité de la population font de l'endroit un site particulièrement intéressant pour son étude archéologique comme pour la connaissance de sa céramique afin de vérifier s'il existe une relation entre ses caractéristiques formelles et décoratives, et le fait que la population soit berbère"*<sup>28</sup> (Kirchner: 1990: 12).

Da la sensación de que a finales de la década de los ochenta, la autora tenía depositadas muchas más esperanzas que ahora en las posibilidades históricas de la relación entre poblamiento y cerámica andalusí<sup>28 bis</sup>. El desencanto actual no puede ser consecuencia de ninguna investigación personal, puesto que Helena Kirchner no ha vuelto a tratar esta relación ni ha acometido nuevos estudios sobre cerámica medieval desde entonces; más bien tiene que ver con unas expectativas frustradas. En su artículo de 1988, la autora destacaba el trabajo conjunto de André Bazzana y Pierre Guichard en los siguientes términos: *"También se enfrentan con la problemática cerámica de época emiral, alejándose de la idea preconcebida de la historiografía tradicional de que la cerámica emiral es escasísima y no es más que una prolongación de la tradición romano-visigoda. A. Bazzana y P. Guichard descubren formas que no deben nada a esta supuesta tradición. En su estudio, estos autores, parten de la premisa de que las características y transformaciones formales y decorativas en la cerámica están ligadas a factores culturales. Así, al detectar similitudes con producciones magrebíes en las*

<sup>27</sup> La negrita es mía.

<sup>28</sup> La negrita es mía.

<sup>28 bis</sup>. En realidad y a pesar de lo que afirma, sigue confiando en tal posibilidad, ya que en el debate de la sección V del II Congreso de Arqueología Peninsular (día 25-9-96), publicado en 1999, Helena Kirchner afirmaba: *"Entonces, no quiere decir en absoluto que no se puedan identificar a través de determinados rasgos morfológicos o estilísticos determinadas poblaciones. Conocemos el característico triángulo articulado que se atribuye a un estilo decorativo de estilo bereber"* (II CAP, 1999, vol. IV, 737); habrá que suponer, por tanto, que lo único que reprueba la autora es la identificación de tradiciones morfológicas indígenas, mientras que el reconocimiento del "estilo decorativo bereber" en la cerámica, lejos de constituir una "curiosidad etnicista" es un argumento aceptable de identificación étnica y social (nota añadida en la corrección de pruebas).

cerámicas del Levante peninsular, plantean la posibilidad de que esto se deba a que la zona estudiada pertenezca a una misma 'área cultural', homogénea, o a una **influencia directa debida a desplazamientos de poblaciones magrebíes.**"<sup>29</sup>; de esta forma los autores citados "...valoran la cerámica como objeto arqueológico vinculado a tradiciones culturales y por lo tanto capaz de reflejarlas de alguna manera" (Kirchner, 1988: 92).

Creo que la conclusión es clara: la autora pensaba, como yo misma, que se había identificado el poblamiento beréber y que la ruptura morfológica representada por la "olla valenciana" caracterizaba las migraciones beréberes tempranas que Pierre Guichard había demostrado para el País Valenciano a través de las fuentes escritas. Por esa razón la autora, confiada en las posibilidades culturales y étnicas del estudio de la cerámica, concluía entonces con categórico entusiasmo que "*La producción de cerámica andalusí responde, pues, pues al tipo de sociedad que la produce, formada por comunidades fuertemente cohesionadas tribalmente y también étnicamente, con una organización de los procesos de trabajo y relaciones sociales específica*" (Kirchner 1988: 99). En la reseña de la obra colectiva *Arqueología Medieval en las afueras del medievalismo*, el propio Pierre Guichard recomendaba prudencia y consideraba prematura "...la confirmació de la hipòtesi d'una organització social de tipus segmentari a causa de l'aparent regionalisme de las fabricacions" (Guichard, 1990: 61); el tiempo y el desarrollo de la investigación en una dirección que entonces era difícil de prever —la caracterización material de grupos árabes y población indígena de origen romano y visigodo— han mostrado que esa certeza no era tanto prematura como unilateral, ya que son varias las sociedades que participan en la formación de al-Andalus (Gutiérrez Lloret, 1996: 334) y nos han sumido en la paradoja de ver como, contra todo pronóstico, el reconocimiento de las comunidades beréberes a partir de su cultura material se revela más esquivo de lo esperado. Sin embargo, no es de recibo aceptar y proponer una estrategia de investigación que se prevé congruente con nuestra hipótesis, para refutarla cuando su desarrollo produce unos resultados imprevistos.

En el caso de la identificación de la tradición heredera del mundo hispanogodo se produjo, como señala Manuel Acín (1993: 161) una confluencia entre dos líneas de investigación: la suya en Andalucía Oriental, a partir de la relación entre los lugares de hallazgo y los datos poblacionales, y la mía en el sureste de la Península, a partir de la evolución morfológica de ciertas series. No hay pues esfuerzos de justificación ni parapetos o caricaturas (Kirchner, 1999: 153 y 162); lo que sí hay es un problema histórico común que devino en amistad y —no tengo ningún empacho en reconocerlo— en una relación de magisterio en la que yo siempre me he reconocido como discípula. Ignoro por qué razón esta investigación arqueológica despierta tantas suspicacias en mi recensora, ni por qué se considera excluyente de las inmigraciones bereberes, porque nada he escrito que permita afirmarlo, a no ser que la irritación proceda de la aparente —y deseo que temporal— incapacidad de la propia arqueología hidráulica para datar los procesos de creación de asentamientos y para integrar el estudio de las áreas de residencia y de los materiales arqueológicos producidos y consumidos por los grupos tribales que los construyen.

---

<sup>29</sup>. Las negritas son mías.

En cualquier caso es patente que la autora desea una ruptura estratigráfica y morfológica entre los niveles visigodos y emirales, *"un antes y un después en los repertorios cerámicos"* que haga innecesaria cualquier otra explicación histórica (Kirchner: 1999: 190). Por ello me acusa de presentar *"organizados en la misma sistematización tipológica, conjuntos cerámicos que en realidad proceden de contextos arqueológicos e históricos claramente diferenciables"* (Kirchner, 1999: 191), y evidentemente para Helena Kirchner sólo puede haber dos conjuntos técnicos congruentes: *"uno pre-islámico y otro posterior a la conquista"* (1999: 162). El argumento es sencillo y circular: la ruptura social requiere una ruptura arqueológica y ésta se convierte en la demostración palmaria de la primera. No obstante, nunca se explican los criterios que le permiten diferenciar tan claramente ambos contextos arqueológicos e históricos; simplemente se afirma que identificar sólo los restos de cerámicas de tradición indígena *"...conduce a sostener que la conquista de Hispania se hizo sin gente"* (Kirchner, 1999: 160), pero no se advierte que lo contrario induce a considerar que la conquista se desarrolló en el vacío demográfico y esto únicamente significa, por más que se maquille, la negación de la *"existencia de poblaciones 'indígenas', o de sus descendientes, tras la conquista"* (Kirchner, 1999: 162).

La falta de rigor, de competencia arqueológica y de respeto a la producción científica de otros investigadores que despliega Helena Kirchner en este trabajo eran motivos suficientes para rehusar toda replica, y la hubiese obviado de no ser porque este texto constituye un ejemplo de una práctica lamentable por reiterada, que nada tiene que ver con la crítica científica y que, por el contrario, tiene mucho de vicio de escuela. Bajo la apariencia de un operoso, concienzudo y cualificado ensayo crítico se presenta un aplicado ejercicio de deconstrucción literaria, propio de un historicismo idealista y postmoderno que sorprende en quien suponía afín a formas más racionales de conocimiento. El único objetivo de este tipo de práctica es la deconstrucción de un discurso ajeno; se trata simplemente un texto sobre otro texto. La carencia de cualificación y de rigor se camuflan tras una agresividad gratuita, que pretende pasar por contundencia, y se justifican en un aparato crítico de extrema debilidad, basado en la autocitación en su variante escolástica<sup>30</sup>, que en el mejor de los casos remite a un conjunto de trabajos en prensa o inéditos y en los casos más sangrantes a títulos de trabajos que mucho tiempo después siguen aún en fase germinal y que por tanto son difícilmente consultables por el común de los mortales<sup>31</sup>.

Este estilo literario emplea con demasiada frecuencia retóricas del tipo "este autor o tal ejemplo ha mostrado con contundencia que...." como simulacro de argumentación (Kirchner, 1999: 169 y 190), cuando la calidad de contundente en lugar de proclamarse se debe sencillamente demostrar. En realidad, lo único que se persigue con este tipo de recursos es persuadir al lector de las propias certezas, hurtando toda demostración. La falta de rigor crítico se manifiesta, además, en la utilización

<sup>30</sup>. Sobre las variedades de citadores debe verse el pertinente ensayo "Sobre citas, citadores y modos de citar" de Lorenzo Abad Casal (*Información. Arte y Letras*, jueves, 14 de mayo de 1998).

<sup>31</sup>. Un ejemplo del primer proceder puede verse en la discusión sobre las estrategias de asentamiento y la bibliografía citada por mi recensora, que incluye varios trabajos en prensa, una tesis en curso y un trabajo de investigación de doctorado inédito (Kirchner, 1999: 169). Una ilustración del segundo puede verse en la referencia a la discusión del "esquema" de Manuel Acín, que la autora despacha en una nota a pie de página en la que, tras advertir que dicha crítica "*valdría otro artículo*" (Kirchner, 1999: 163), remite a un texto previo de M. Barceló donde dicha crítica se resuelve con la alusión a dos trabajos ajenos (uno de ellos en prensa) y al título de un tercero que el propio autor pensaba hacer (Barceló, 1997:12-3).

incorrecta del sistema de citación americano. En mi opinión, la inclusión de las referencias bibliográficas entre paréntesis dentro del propio texto, que yo misma utilizo, no exime en ningún caso de la mención concreta de las páginas referidas; citar exclusivamente el autor y el año, como hace Helena Kirchner salvo en mi caso, aboca al lector interesado al acto de fe, al tiempo que invita a hacer pasar por argumento central de un trabajo lo que en ocasiones no es más que una referencia marginal o ni tan siquiera eso<sup>32</sup>.

En contrapartida, ninguna investigación propia o ajena aporta la autora para argumentar su discrepancia, aunque las vocea en repetidas ocasiones<sup>33</sup>; y este vocear es nuevamente un artificio intimidatorio mediante el cual se insinúa, sin demostrarlo, que esos datos que sólo ella conoce demostrarán "con contundencia" lo acertado de su crítica. En el juego, los envites destinados a deslumbrar o desorientar tienen un nombre y un sentido, pero la ciencia no es un juego de naipes y los faroles es mejor reservarlos para el póquer. Tampoco en las 54 páginas de su texto plantea mi recensora alternativas convincentes, porque no podemos tomar por tales las certezas de la autora, por mucha razón que crea tener.

Por último, Helena Kirchner demuestra una gran impericia en la utilización de los principios y procedimientos de la investigación arqueológica, pese a lo cual parece pensar que sus dos únicos trabajos sobre ceramología —el reflexivo de 1988 (una crítica sobre la orientación taxonómica de la disciplina) y el puramente factual de 1990 (un catálogo y clasificación de la cerámica islámica de Setefilla, donde se insiste en la reflexión antedicha, al tiempo que se justifica que su estudio concreto "*correspond seulement aux premiers pas méthodologiques*"<sup>34</sup>, esto es, el nivel descriptivo que crítica en sus colegas)— la cualificaron suficiente y definitivamente para opinar con autoridad sobre cualquier cuestión arqueológica, perscindiendo ya de la investigación concreta; se trata de un nivel de "ciencia infusa", sin demostraciones, que sitúa a mi recensora en las últimas fases de la producción científica autosostenida<sup>35</sup>.

Su artículo de 1988 sobre la cerámica medieval, publicado en el volumen colectivo titulado *Arqueología Medieval en las afueras del medievalismo*, traslucía en su tono imperioso la impaciencia de una historiadora que llegaba a la arqueología sin ser demasiado consciente de los procedimientos de trabajo de la disciplina<sup>36</sup>; este discurso sobre la arqueología medieval estaba, pese a su título, mucho más en las afueras de la arqueología que en las del propio medievalismo, pero reclamaba la necesidad de una convergencia en el trabajo histórico, que creaba fértiles expectativas.

---

<sup>32</sup>. Es el caso de la referencia al colapso de las formas de producción estandarizadas romanas y de sus redes comerciales de distribución, a propósito de la cual H. Kirchner (1999:159) señala "*No insistiré en lo que ya he escrito*" y remite a sus textos de 1988 y 1990, aunque en este último no se trata dicho problema.

<sup>33</sup>. Como ocurre, por ejemplo, en el caso de los asentamientos hidráulicos de la Yibāl Balansiya y de los del río Mundo, en estudio por personas o equipos de su entorno, que se me acusa de obviar o desconocer y de no integrar en mi estudio pese a ser inéditos (Kirchner, 1999: 174 y 191), sin que en ningún momento se diga nada más acerca de los mismos ni se especifique en que sentido matizan o contrarrestan mis hipótesis.

<sup>34</sup>. H. Kirchner, 1990: pp. 7-9 para la introducción y 33-34 para la conclusión, de donde procede la cita (p. 34). En rigor a estos trabajos hay que añadir uno inicial sobre "Les safes dels estrats II y III de Shadhfilah" (Kirchner, 1986), que constituye un avance del estudio completo del material que fue publicado en 1990.

<sup>35</sup>. Sobre estas pautas académicas véase la pertinente reflexión de Josep Fontana citando a Gregory Clark (Fontana, 1992: 99-100).

<sup>36</sup>. En este sentido debe verse la reseña de P. Guichard a la obra en su conjunto (Guichard, 1990:61-2).

Sin embargo después de algo más de una década Helena Kirchner sigue circunvalando el “perímetro” de una disciplina que ni conoce ni comprende, pero sobre la que se piensa capaz de pontificar; quizá en este tiempo ha terminado por convencerse de que la arqueología es un conocimiento técnico descriptivo y cerrado del que nada le queda por aprender, y por ello su producción arqueológica se agota en la destrucción de la arqueología ajena. En este vaniloquio que pretende pasar por crítica su último recurso es la demolición del contrario; por ello, utilizando (o quizá parapetándose) indebidamente en una reseña ajena, concluye en un colofón que intenta ser aniquilador que “*De aceptar S. Gutiérrez estas observaciones debería simplemente volver a empezar*” (Kirchner, 1999: 194, n. 39). Lamento advertir que nuevamente se equivoca, ya que si Luis Caballero, a cuyas observaciones se refiere H. Kirchner terminase por tener razón en sus discrepancias, todos sabríamos más sobre la formación de al-Andalus y yo, simplemente, tendría que continuar investigando y aprendiendo. Por el contrario, mi recensora tiene aún que comenzar a hacer arqueología aunque, por suerte, la adquisición de un conocimiento científico nunca tiene límites temporales.

## BIBLIOGRAFÍA

- ABAD CASAL, L. (1996): “La epigrafía del Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete) y un nuevo municipio romano del Conventus Carthaginiensis”, *Archivo Español de Arqueología*, 69, Nº 173-174, pp. 77-108.
- ABAD CASAL, L. y GUTIÉRREZ LLORET, S. (1997): “Iyih (El Tolmo de Minateda, Hellín, Albacete). Una ciuitas en el limes visigodo-bizantino”, *Antig. crist.* (Murcia), XIV, pp. 592-600.
- ABAD CASAL, L., GUTIÉRREZ LLORET, S. y GAMO PARRAS, B. (1999): “Excavación de una basílica visigoda en el Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete, España)”, *Bulletin de l'Association pour l'Antiquité tardive*, nº 8, pp. 51-56.
- ABAD CASAL, L., GUTIÉRREZ LLORET, S. y GAMO PARRAS, B. (e. p.): “La ciudad del Tolmo de Minateda (Hellín)”, *Los orígenes del cristianismo en Valencia y su entorno, Grandes temas arqueológicos* 2, Valencia.
- ABAD CASAL, L.; GUTIÉRREZ LLORET, S. y SANZ GAMO, R. (1993): “El proyecto de investigación arqueológica ‘Tolmo de Minateda’ (Hellín, Albacete). Nuevas perspectivas en el panorama arqueológico del Sureste peninsular”, *Arqueología en Albacete (Jornadas de Arqueología Albacetense en la UAM)*, Madrid, 147-76.
- ABAD CASAL, L.; GUTIÉRREZ LLORET, S. y SANZ GAMO, R. (1996): “El yacimiento urbano tardío del Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete, España)”, *Bulletin de l'Association pour l'Antiquité tardive*, nº 5, pp. 33-38.
- ABAD CASAL, L.; GUTIÉRREZ LLORET, S. y SANZ GAMO, R. (1998): *El Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete): una historia de 3.500 años*, Toledo.
- ACIÉN ALMANSA, M. (1993): “La cultura material de época emiral en el sur de al-Andalus. Nuevas perspectivas”, *La cerámica altomedieval en el sur de Al-Andalus*, Granada, 153-72.
- ACIÉN, M.; CRESSIER, P.; ERBATI, L. y PICON, M. (1999): “La cerámica a mano de Nakūr (ss. IX-X) producción beréber medieval”, *Arqueología y territorio medieval*, 6, 45-69.
- ARCE, J. (1993): “Arqritica, autocrítica y los enfrenamientos ‘innecesarios’”, *Arqritica* 5, 23-24.

- BARCELÓ, M. (1988): "Prólogo" y "Los límites de la información documental escrita", *Arqueologia Medieval en las afueras del medievalismo*, Barcelona, 9-17 y 73-87.
- BARCELÓ, M. (1991): "Assentaments berbers y àrabs a les regions del nord-est d'al-Andalus: el cas de l'Alt Penedès (Barcelona)", *La Marche Supérieure d'al-Andalus et l'occident chrétien*, Madrid, 89-98.
- BARCELÓ, M. (1993): "Al-Mulk, el verde y blanco. La vajilla califal omeya de Madīnat al-Zahrā'", *La cerámica altomedieval en el sur de al-Andalus*, Granada, 291-299.
- BARCELÓ, M. (1996): "Acerca de nada. Consideraciones sobre dos artículos de S. Gutiérrez", *Arqueología y territorio medieval*, 3, 21-36.
- BARCELÓ, M. (1997 a): "El país de las Maravillas. Respuesta a la respuesta de S. Gutiérrez", *Arqueología y territorio medieval*, 4, 5-10.
- BARCELÓ, M., (1997 b): "Introducción", *El sol que salió por Occidente*, Jaén, 7-22.
- BARCELÓ, M y KIRCHNER, H. (1995): *Terra de Falanix. Felanitx quan no ho era. Assentaments andalusins al territori de Felanitx*, Palma.
- BARCELÓ, M; KIRCHNER, H.; MARTÍ, R. y TORRES, J.M. (1991): "L'hişn dels Madyūna (Mediona, Alt Penedès): la qüestió dels assentaments berbers a Catalunya" (nota), *Catalunya y França meridional a l'entorn de l'any mil*, Generalitat de Catalunya, Barcelona.
- BAZZANA, A. (1986): "Essai de typologie des ollas valenciennes", *II Congreso Internacional La cerámica medieval del Mediterráneo Occidental* (Toledo, 1981), Madrid, 93-99.
- BAZZANA, A. (1990): "Un fortin omeyyade dans le Shark al-Andalus", *Archéologie islamique*, 1, 87-109.
- BAZZANA, A. (1997): "Reseña de Sonia Gutiérrez, La Cora de Tudmīr: de la Antigüedad tardía al mundo islámico. Poblamiento y cultura material...", *Archéologie islamique*, 7, 1997: 203-6.
- BROGIOLO, G.-P. (1984): "La città tra tarda-antichità e altomedioevo", *Archeologia urbana in Lombardia*, Modena, 48-55.
- BROGIOLO, G.-P. (1987): "A proposito dell'organizzazione urbana nell'altomedioevo", *Archeologia Medievale*, XIV, 27-46.
- BONET, H. y GUÉRIN, P. (1995): "Propuestas metodológicas para la definición de la vivienda ibérica en el área valenciana", *Ethno-archéologie méditerranéenne*, Madrid, (CCV-54), 85-104.
- CABALLERO ZOREDA, L. (1998): "Reseña de Gutiérrez, S., La Cora de Tudmīr: de la Antigüedad tardía al mundo islámico. Poblamiento y cultura material...", *Al-Qanṭara*, XIX, 1998:237-41.
- CARANDINI, A. (1984): *Arqueología y cultura material*, Barcelona.
- DOMÉNECH BELDA, C. (1994): "Circulación monetaria de época emiral en el País Valenciano: el problema de las primeras emisiones de cobre", *Congreso Nacional de Numismática* (Elche, 1994), Elche, 281-302.
- FONTANA, J. (1992): *La Historia después del fin de la Historia. Reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica*, Barcelona.
- GUICHARD, P. (1990): *Les musulmans de Valence et la Reconquête (XI - XIII siècles)*, 2 vols., Damas.



- GUTIÉRREZ LLORET, S. (1993): "La cerámica paleoandalusí del sureste peninsular (Tudmīr): producción y distribución (siglos VII al X)", *La cerámica altomedieval en el sur de Al-Andalus*, Granada, 37-66.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. (1994): "La formación de Tudmīr desde la periferia del Estado islámico", *Cuadernos de Madīnat al-Zahrā'*, 3 (1991), 1994, pp. 9-22.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. (1995): "El origen de la huerta de Orihuela entre los siglos VII y IX: una propuesta arqueológica sobre la explotación de las zonas húmedas del Bajo Segura", *Arbor* CLI, 593, 65-93.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. (1996): *La Cora de Tudmīr: de la Antigüedad Tardía al mundo islámico. Poblamiento y cultura material*, CCV 57, Madrid-Alicante.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. (1996 a): "El aprovechamiento agrícola de las zonas húmedas: la introducción del arcaduz en el sureste de al-Andalus (siglos VII y IX)", *Arqueología y territorio medieval*, 3, 7-19.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. (1996 b): "Acerca del origen de la huerta de Orihuela y la explotación de las zonas húmedas del Bajo Segura entre los siglos VII y IX", *Arqueología y territorio medieval*, 3, pp. 37-48.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. (1997): *Arqueología. Introducción a la historia material de las sociedades del Pasado*, Alicante.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. (1998): "Il confronto con la Hispania orientale: la ceramica nei secoli VI-VII", *Ceramica in Italia: VI-VII secolo (Atti del Colloquio in onore di J. Hayes, Roma, 1995)*, Biblioteca di Archeologia Medievale, Firenze, 549-67.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. (1999): "La cerámica emiral de Madīnat Iyih (el Tolmo de Minateda, Hellín, Albacete). Una primera aproximación", *Arqueología y territorio medieval*, 6, 71-111.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. (e. p. a): "Algunas consideraciones sobre la cultura material de las épocas visigoda y emiral en el territorio de Tudmīr", *Visigodos y Omeyas. Un debate entre la Tardoantigüedad y la Alta Edad Media* (Mérida, 21-23 abril 1999), Anejos de Archivo Español de Arqueología.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. (e. p. b): "La identificación de Madīnat Iyih y su relación con la sede episcopal Elotana. Nuevas perspectivas sobre viejos problemas", Homenaje a Enrique A. Llobregat, Alicante.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. (e. p. c): "El espacio doméstico altomedieval del Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete, entre el ámbito urbano y el rural", *Castrum* 6, Roma.
- HARRIS, E. C. (1991): *Principios de estratigrafía arqueológica*, Barcelona.
- KIRCHNER, H. (1986): "Les safes dels estrats II y III de Shadhfilah", *I Congreso Medieval de Arqueología Española* (Huesca, 1986), Zaragoza, IV, 149-92.
- KIRCHNER, H. (1988): "Las técnicas y los conjuntos documentales. I. La cerámica", *Arqueología Medieval en las afueras del medievalismo*, Barcelona, 88-133.
- KIRCHNER, H. (1990): *Étude des céramiques islamiques de Shadhfilah (Setefilla, Lora del Río, Séville)*, Lyon.
- KIRCHNER, H. (1997): *La construcció de l'espai pagès a Mayūrqa: les valls de Bunyola, orient, Coanegra y Alaró*, Palma.
- KIRCHNER, H. (1999): "Indígenas y extranjeros. Cerámica y etnicidad en la formación de Al-Andalus", *Arqueología Espacial*, 21, 153-207.

- KIRCHNER, H. y NAVARRO, C. (1994) "Objetivos, métodos y práctica de la arqueología hidráulica", *Arqueología y territorio medieval*, 1 (Actas del Coloquio "Problemas en Arqueología Medieval"), 159-182.
- LA ROCCA, C. (1986): "Dark Ages a Verona. Edilizia private, aree aperte e strutture pubbliche in una città dell'Italia settentrionale", *Archeologia Medievale*, XIII, 31-78.
- LA ROCCA, C. (1989): "Plus ça change, plus c'est la même chose": trasformazioni della città altomedievale in Italia settentrionale", *Società e Storia*, 45, 721-28.
- MALPICA CUELLO, A. (ed.), 1993: *La cerámica altomedieval en el sur de Al-Andalus*, Primer Encuentro de Arqueología y Patrimonio (Salobreña, octubre 1990), Granada.
- MARX, K., 1857 (1991): Introducción general a la Crítica de la Economía Política / 1857, 23ª ed. (1991), Siglo XXI, México, 29.
- PASCUAL, J.; RIBERA, A.; ROSELLÓ, V. y MAROT, T. (1997): "València i el seu territori: contexts ceràmics de la fi de la romanitat a la fi del califat (270-1031)", *Taula rodona* (Barcelona, 1996), 179-202.
- PICON, M. (1995): "Pour une relecture de la céramique marocaine: caractéristiques des argiles et des produits, techniques de fabrication, facteurs économiques et sociaux", *Etho-archéologie méditerranéenne*, Madrid, (CCV, 54), 141-58.
- RAMALLO ASENSIO, S.; RUIZ VALDERAS, E. y BERROCAL CAPARROS, Mª C. (1996): "Contextos cerámicos de los siglos V-VII en Cartagena", *Archivo Español de Arqueología*, 69, 135-90.
- RETAMERO, F. (1995): *Moneda y monedas àrabs a l'illa d'Eivissa*, Eivissa.
- SALVATIERRA CUENCA, V. (1997): Reseña de La Cora de Tudmîr: de la Antigüedad tardía al mundo islámico. Poblamiento y cultura material, de S. Gutiérrez", *Arqueología y territorio Medieval*, 4, 1997: 231-35.
- WICKHAM, C. (1998): Reseña de Gutiérrez, S.: La Cora de Tudmîr: de la Antigüedad tardía al mundo islámico. Poblamiento y cultura material...", *Hispania*, LVIII/1, 1998: 332-35.